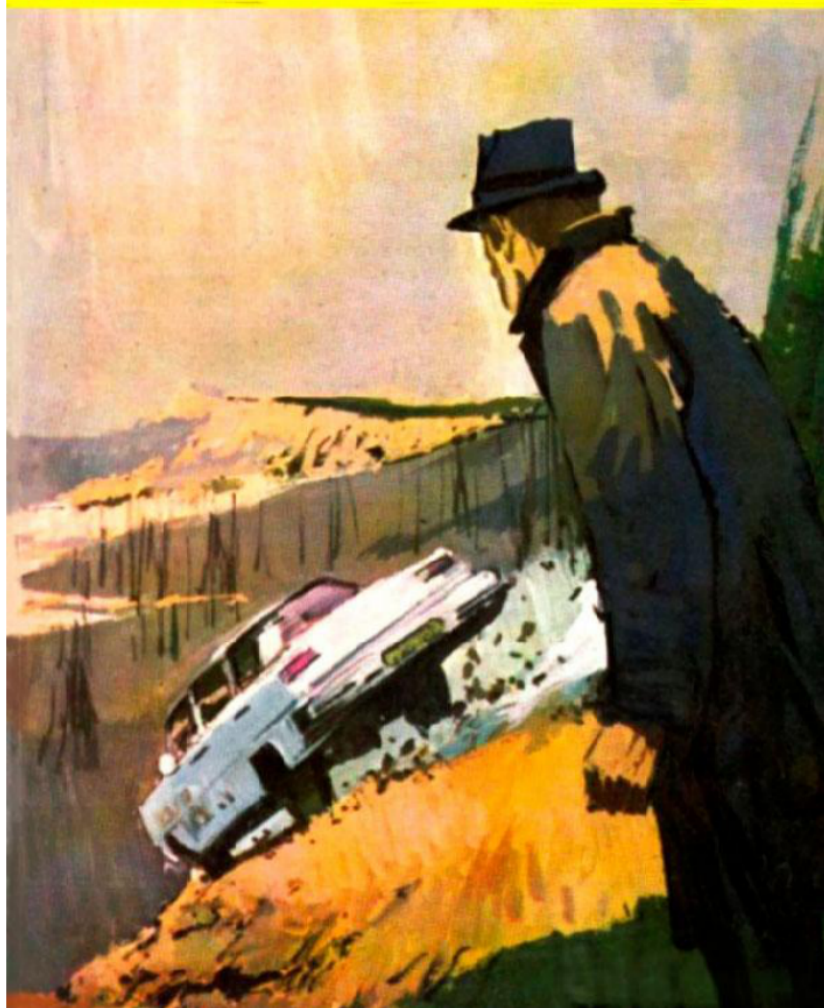


BOLSILIBROS
BRUGUERA
SERIE
**PUNTO
ROJO**

el asesinato de Laura

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

EL ASESINATO DE LAURA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 408
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 45.951 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: febrero, 1970

© VIC LOGAN, 1970
sobre la parte literaria

© DESILO - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección AMAPOLA:
901. — Los dardos de Cupido.
- En Colección ALONDRA:
814. — Una noche diferente.
- En Colección CAMELIA:
757. — No soy lo que tú crees.
- En Colección MADREPERLA:
1.065. — Lucha de sexos.
- En Colección PIMPINELA:
1.158. — Tu amor no tiene precio.
- En Colección ROSAURA:
1.111. — En el fango de la gran ciudad.
- En Colección LEGIONES BLANCAS:
268. — Fuga bajo el sol.
- En Colección KATRINA:
87. — Tu vida es mía.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.017. — El hotel de la muerte.
- En Colección PUNTO ROJO:
389. — El último caso.
- En Colección ASES DEL OESTE:
559. — Ciudad turbulenta.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
680. — La recompensa maldita.
- En Colección KANSAS:
587. — El último testigo.
- En Colección BRAVO OESTE:
460. — Luchando por un futuro.
- En Colección CALIFORNIA:
691. — Un hombre viene del Este.

CAPÍTULO PRIMERO

El taxi se detuvo frente a la pequeña tienda de objetos de regalo, en las cercanías de San Leandro Bay, al sur de Oakland, en San Francisco de California, al otro lado del puente.

El pasajero abonó el importe de la carrera y salió del automóvil.

Era un hombre cuya edad no hubiese podido identificar el chófer.

Únicamente dio el nombre de la calle y el número en cuanto subió al vehículo, en una de las calles del Downtown, y ya no volvió a hablar, como a veces suelen hacer algunos pasajeros.

Le vio cruzar al otro lado de la calle y entonces se fijó, de una manera fugaz, en su traje oscuro y sombrero del mismo color. De espaldas era un hombre de tipo corriente, estatura normal y nada que llamase la atención de un modo especial.

El taxista puso en marcha el auto y se alejó sin volver a pensar en él. Al fin y al cabo había sido solamente un cliente más.

El hombre, con el ala del sombrero echada hacia los ojos, miró en torno suyo al pisar la acera y se volvió para observar la tienda de objetos de regalo.

Consultó el reloj y comprobó que estaba muy próxima la hora del cierre.

Esperó aún unos minutos y volvió a cruzar la calle.

Puesto frente al escaparate de la tienda, miró unos instantes hacia el interior.

Había dos dependientas. Una arreglaba un estante y la otra repasaba una libreta de ventas.

Fijó su atención en esta última.

Era una muchacha como de unos veintitrés años, rubia, y vestía ropas juveniles. Su rostro, sin ser extraordinariamente bello, tenía algo que atraía.

Salió un momento de detrás del mostrador para hablar unas

palabras con su compañera y volvió de nuevo con su libreta.

Tenía una bonita figura y bien formadas piernas, aunque el hombre no pareció fijarse demasiado en tales detalles.

Volvió a consultar su reloj de pulsera, luego sacó una pitillera, con unas iniciales grabadas en la tapa de la misma, tomando un cigarrillo. Le prendió fuego con un encendedor y, después de dar un par de chupadas, se decidió a entrar.

Fue directamente hacia la joven rabia.

—Buenas tardes —dijo con naturalidad.

—Buenas tardes, señor. ¿En qué podemos servirle?

—Deseo comprar un cenicero —replicó el hombre.

Se mantenía rígido frente a la muchacha, siempre de espaldas a la puerta y sin volver la cabeza, como si quisiera evitar que la otra dependienta pudiera fijarse demasiado en él.

—Tenemos varios modelos... —dijo ella.

—Deme uno cualquiera. No importa.

A la joven pareció extrañarle y se quedó unos instantes dubitativa.

El «cliente» la sacó de su vacilación:

—Dese prisa. Envuélvame cualquier cenicero para no llamar la atención. No he venido a comprar. Necesito hablar con usted.

El asombro de la dependienta se tradujo en un agrandamiento de sus ojos.

—Sí. Ya sé que usted no me conoce y esto puede parecerle extraño. Se lo contaré en otro sitio. Ahora disimule.

—No comprendo... —balbució ella.

—Usted se llama Laura Crosby, y su padre, el señor Harry Crosby, trabaja en la notaría de Norton & Wilson, de *Post Street*.

—Sí...

—Se trata de un asunto muy importante. Su padre puede correr un grave riesgo, por ello es muy necesario que hablemos. No se asuste ni se inquiete, pero necesitamos la ayuda de usted.

Y ante la muda interrogación de Laura, el desconocido añadió:

—Soy el teniente Logan, de la policía de San Francisco. Departamento de Homicidios.

—¿Homi...?

—Cállese, por favor. No diga nada a nadie. Envuélvame ese cenicero y dímelo. Después, cuando salga, yo la esperaré en la otra esquina, al lado del bar.

Laura se puso bastante nerviosa. En su inquietud, al sacar uno de los ceniceros de un estante, sus manos tropezaron con torpeza con un jarrón, que cayó al suelo y se hizo añicos.

La otra dependienta la miró unos instantes.

—¡Oh, lo siento! Luego..., luego lo recogeré.

—¿Te ocurre algo? —inquirió su compañera.

—No, no; no es nada —replicó Laura, yendo con el cenicero hacía, el cliente, que se había vuelto de espalda, evitando siempre que la otra muchacha pudiera fijarse demasiado en él.

Laura llegó con el cenicero. Era una baratija de vidrio imitando la talla del cristal.

—¿Le gusta éste? —preguntó con fingido disimulo.

—Envuélvame. Tengo prisa —replicó él.

Instantes después ella le entregaba el pequeño paquete, cuyo importe el hombre abonó, e inmediatamente abandonó la tienda.

Laura le acompañó hasta el umbral de la puerta, donde él repitió:

—En la esquina. No tarde demasiado. Y, sobre todo, no hable con nadie. Es muy importante para su padre.

Ella asintió, mientras el hombre, con la misma rigidez, se alejaba con paso seguro.

Laura lanzó un suspiro, como si hasta entonces algo le hubiese impedido soltar el aire.

—Es la hora —dijo—. ¿Te importa cerrar tú, Kay? Tengo un poco de prisa.

—Sí, ya he visto que tienes los nervios de cristal —sonrió su compañera con una sonrisa.

—Bueno..., es que tengo una cita... —contestó Laura, yendo hacia la trastienda para arreglarse ligeramente.

Poco después salió a la calle con el alma en vilo, pensando en lo que le había podido ocurrir a su padre.

CAPÍTULO II

El hombre que se había presentado a sí mismo como teniente Logan, de la sección de Homicidios de la policía de San Francisco, la esperaba en la esquina, en el lado más oscuro.

Se encontraba ligeramente de espaldas, fumando un nuevo cigarrillo, que tiró y aplastó con el pie cuando la joven se aproximó.

Laura se detuvo y él, sin mirarla, murmuró:

—Es mejor que no nos vean hablar. Siga hasta el bar, entre y ocupe la segunda mesa, empezando por el fondo. Pida cualquier cosa y aguarde.

Ella asintió.

Su impaciencia estaba llegando al límite y ardía en deseos de saber qué era lo que estaba sucediendo.

Se apresuró a obedecer al hombre, y momentos después se encontraba en el interior del bar.

Frente a la larga barra o mostrador estaban colocadas las mesas. Fue directamente a la que el hombre le había indicado.

No había muchos clientes.

Dos hombres sentados en los altos taburetes del mostrador, una mujer, entrada en años, mojando una pasta en una taza de leche, y una pareja hablando quedamente en otra de las mesas.

Un camarero se acercó con paso cansino.

—¿Qué quiere tomar? —preguntó.

—Deme cualquier cosa... Un café.

El camarero asintió y se dirigió al barman para que le preparara la infusión.

Momentos después la cafetera exprés soltaba el negro líquido, que enseguida el camarero se dispuso a servir.

Ella miraba con insistencia hacia la puerta.

El hombre no tardó en aparecer.

Entró con paso seguro y la cabeza algo inclinada hacia adelante.

Tomó asiento en un taburete frente a la mesa que ocupaba Laura, a la que ni siquiera miró.

Esperó a que el barman se aproximara, para pedir:

—Un *whisky* doble —y dejó el importe de la consumición sobre la mesa.

Echó una mirada en torno suyo. Vio que el camarero estaba ocupado sirviendo a otro hombre que había entrado tras él.

Entonces se volvió hacia la mesa, sacó de nuevo su pitillera y, de espaldas al resto de los clientes, murmuró sin apenas mover los labios:

—Vaya al teléfono y llame a la oficina de su padre, no diga nada. El espera su llamada.

Laura iba a decir algo, pero el hombre se volvió rápidamente cuando el barman le servía el *whisky*.

Ella se levantó para dirigirse hacia el teléfono situado en el interior de una cabina, al fondo del local.

Pensando en escuchar la voz de su padre se tranquilizó ligeramente.

Si podía hablar con él era señal de que, por lo menos, no estaba herido.

Estaba deseando establecer comunicación. Todo aquello le resultaba sumamente extraño y alarmante.

Depositó el importe de la llamada, pero el zumbido indicativo de que podía marcar no llegaba.

Colgó de nuevo, recuperó la moneda y la echó de nuevo por la ranura.

El teléfono siguió sin dar la señal.

Mientras efectuaba nerviosamente estas operaciones, en el bar, el hombre que se había presentado como policía sacó disimuladamente algo del interior de su bolsillo.

Era un sobrecito que contenía un polvillo blanco con un olor característico, pero que mezclado con el calé desaparecía por completo.

Cerciorándose de que nadie podía verle, dejó caer el polvillo en la humeante taza de la mesa que había ocupado Laura y volvió a su *whisky*, que tenía a medio consumir.

Laura salió de la cabina mostrando su nerviosismo.

Al acercarse a él, musitó:

—El teléfono no funciona.

El le replicó en un susurro. Nadie hubiese podido adivinar que estaban sosteniendo aquella leve conversación.

—No se impaciente. Siéntese. Tómese el café y vaya al bar que hay tres manzanas al norte. Allí intente telefonar de nuevo. Yo me reuniré con usted enseguida.

—Pero..., ¿no puede decirme lo que sucede?

—Es posible que nos estén vigilando. No haga más preguntas.

El rostro de Laura se contrajo. De nuevo su inquietud había vuelto a aumentar. Aquella espera para saber lo que ocurría enervaba sus nervios. Se sentía terriblemente preocupada.

Sin embargo, obedeció.

Se sentó en la mesa y comenzó a tomar el café que había perdido su calentura.

El, por su parte, bebió de un trago el resto de su *whisky* y salió, dejando el cambio sobre la mesa.

Laura dejó el café sin concluir. Se puso en pie para salir.

Dio unos pasos y notó que todo daba vueltas a su alrededor.

De repente una terrible punzada en el estómago.

De sus labios se escapó un estertor. Quiso gritar y no pudo.

Su rostro se había contraído en una mueca extraña, su tez se tornó lívida.

Intentó sujetarse a la barra, pero sus manos vacilaron en el vacío.

Dio un traspiés y cayó al suelo con las piernas encogidas.

Los clientes, sorprendidos, tardaron algunos segundos en reaccionar.

El camarero fue quien más deprisa se acercó.

Un murmullo de voces, preguntándose que había podido suceder, se elevó en el local, mientras el camarero, agrandando los ojos, murmuraba alarmado:

—Parece que está muerta.

Una mujer chilló.

Laura seguía inmóvil en el suelo.

Efectivamente, estaba muerta.

CAPÍTULO III

El automóvil, a gran velocidad y haciendo sonar constantemente el claxon, llegó, tras larga carrera, hasta el depósito de cadáveres.

Dos hombres se apearon.

Uno había pasado ya los cincuenta años, era de estatura más bien alta y se le veía aún fuerte y vigoroso. El otro no había alcanzado todavía los treinta y su aspecto era atlético, musculoso, propio de quién se halla bien preparado físicamente.

En los rostros de ambos se reflejaba la angustia, cuando salvaron a grandes zancadas las escaleras que daban acceso al edificio de la Morgue.

Eran Harry Crosby y su hijo Alan, padre y hermano, respectivamente, de la muchacha que unas horas antes había muerto en un bar del distrito de San Leandro, al este de la bahía.

Les atendió el teniente Rattigan, de Homicidios.

—¿Qué ha pasado? —preguntó impaciente Harry Crosby.

—Primero vengan conmigo —replicó el policía—. Tienen que proceder a la identificación.

—¿Identi...? —empezó Harry.

Alan, de frente despejada y mirada intuitiva, agarró con fuerza el brazo de su padre intentando calmarle.

Silencioso, el teniente les condujo hasta una de las salas.

Dos hombres estaban cerca de una mesa, cubierta con un lienzo que ocultaba un cuerpo.

Harry Crosby sintió un vacío en su corazón mientras se aproximaba.

Cuando ambos estuvieron en la cabecera de aquel cuerpo, todavía cubierto por el lienzo, el policía lo retiró lentamente.

Los ojos de Harry Crosby se agrandaron como si quisieran huir de sus cuencas.

Alan apretó los dientes.

—¡Laura! —Apenas pudo exclamar su padre con voz entrecortada.

—¿Es su hija, señor Crosby? —preguntó el policía.

El hombre replicó varias veces de forma afirmativa, moviendo la cabeza como presa de un tic nervioso.

—Sí. Es mi hermana... —musitó Alan.

El teniente Rattigan volvió a cubrir la cabeza de la muerta.

—Y ahora díganos cómo ha ocurrido... —preguntó Alan con dureza.

Estaban en el despacho de la central de Homicidios. Rattigan, tras su mesa, acabó de ponerles al corriente, continuando la explicación que había iniciado ya al dirigirse hacia su despacho.

Harry Crosby había quedado anonadado y parecía haber perdido la voz. Escuchaba al policía como si no comprendiese absolutamente nada. Su mirada estaba perdida en un punto vago e indeterminado.

—¿Ha dicho usted que la han envenenado? —inquirió Alan, más entero, aparentando una mayor serenidad, no exenta de una dureza salvaje que inténtate contener.

—Sí. Un veneno rápido y eficaz.

—Pero ¿quién...?

—Eso es lo que tratamos de averiguar. En el bar apenas se dieron cuenta de nada. El camarero afirma que entró sola y pidió un café. Alguien depositó el veneno en la taza.

—Entonces no estaría sola —replicó Alan.

—Pues lo estaba. A menos que no hayan dicho la verdad, lo cual no parece muy posible. Contando al camarero y al barman, había en aquellos momentos otras ocho personas en el local.

—¡Alguien tuvo que poner ese veneno en el café de Laura! —exclamó Alan.

—Esto es lo que estoy tratando de averiguar, y ustedes pueden ayudarme —respondió el teniente Rattigan.

—Desde luego, teniente —replicó Alan con decisión—. Quiero saber quién ha matado a mi hermana y el porqué. Y lo descubriré, aunque sea lo último que haga en mi vida.

—Señor Crosby... De eso ya nos encargaremos nosotros... —adujo Rattigan, apaciguador. Carraspeó y enseguida preguntó—: ¿Sabe si su hermana tenía enemigos?

—¿Enemigos? Laura era la persona más agradable que existía en el mundo. Me consta que todo el mundo la quería.

—¿Y ustedes? —preguntó el policía, después de un súbito silencio.

—¿Nosotros?

—Hay que considerar todas las posibilidades, señor Crosby. Podría tratarse de una venganza.

—Pero..., ¿qué clase de venganza?

—Alguien que, asesinando a la hermana de usted, quisiera vengarse de un modo indirecto.

—¡Oh! No sé... Puede que tanto mi padre como yo tengamos algún enemigo, pero ignoramos quién pueda ser. En serio, teniente. Ese crimen no tiene ningún sentido. Yo me inclino más bien a pensar que es la obra de un maníaco.

Rattigan guardó unos instantes de silencio.

—Hummm... No ha habido ningún otro caso de envenenamiento en circunstancias parecidas. En fin, lo que necesito es una lista de las amistades de su hermana, las personas con las que salía, sus relaciones, todo cuanto pueda llevarnos a una pista.

—La vida de mi hermana era muy sencilla. Tres veces por semana iba a la escuela nocturna. Se preparaba para secretariado y estudiaba idiomas. Los demás días venía directamente a casa con el autobús. Si iba con alguna amiga se despedían antes de llegar. Creo que, aproximadamente, solía llegar siempre a la misma hora. A veces yo no estaba, por mi trabajo en la oficina...

—Su padre y usted ti abajan juntos, ¿verdad?

—Sí. Con Norton y Wilson, de *Post Street*. Notarios. Desde que el señor Norton murió, papá es prácticamente socio del señor Wilson, aunque esta circunstancia todavía no se ha producido de una manera oficial. Yo atiendo la mayor parte de los asuntos, lo cual me lleva bastante tiempo. —Hizo una pausa para añadir—: Pasaba días enteros sin ver a Laura. Cuando llegaba a casa ella ya se había acostado y, a menudo, me marchaba cuando mi hermana todavía no se había levantado; pero siempre hemos sido una familia unida, teniente. Esto de ahora es incomprensible, incomprensible...

El padre. —Harry Crosby— seguía como hipnotizado, ausente de aquella conversación.

El golpe, sin duda, había sido demasiado rudo para él.

CAPÍTULO IV

Kay Malden era la compañera de trabajo de Laura.

Joven como ella, era una muchacha desenvuelta, aunque desde que supo lo del asesinato y tuvo que responder a las preguntas de la policía, su habitual aire optimista se había trocado por un gesto de consternación, de miedo.

Aquella tarde, dos días después de la muerte de su compañera, al cerrar la tienda tuvo el presentimiento de que alguien la estaba observando.

Se volvió hacia el coche aparcado frente al establecimiento y ahogó una exclamación de susto.

El hombre la observaba atentamente.

Era Alan Crosby.

Salió del auto y avanzó hacia ella.

—Soy el hermano de Laura.

—¡Oh! Me había asustado.

—Usted es Kay, ¿verdad?

—Sí.

—Creo que ella la mencionó alguna vez... Me gustaría que charláramos en cualquier parte. Sé que la policía ha estado haciéndole preguntas, pero quiero saber por mí mismo qué fue lo que ocurrió aquella tarde.

—Ya dije todo lo que sabía. Fue un día normal, no pasó nada...

—Permítame que la ayude —se ofreció él.

Cerraron la puerta corredera, que permitía ver el escaparate, cuyas luces permanecían encendidas para que desde la acera se pudieran ver los objetos expuestos.

Luego comenzaron a hablar.

—Me gustaría ayudarle, señor Crosby.

—Llámeme, Alan.

—Su hermana también me había hablado de usted. Sé que eran

una familia muy unida, por esto cuando supe la desgracia... ¡Oh! Todavía de pensarlo se me pone la carne de gallina. Laura era una gran muchacha, una buena compañera, jamás habíamos discutido. Las dos siempre nos llevábamos muy bien.

—Lo supongo. Era difícil discutir con ella.

Llegarán frente al bar donde habían ocurrido los hechos.

Alan miró hacia el interior del establecimiento.

—No —exclamó Kay—, aquí no...

—Sí, Kay. Se lo ruego.

—No se atormente, Alan. No le devolverá la vida.

—Quiero saber, Kay. La policía investiga, pero yo quiero hacerlo también. Para ellos es una cosa rutinaria, un crimen más... Para mí se trata de mi hermana. Mi padre no es el mismo. Ha tenido que ser sometido a tratamiento... ¿No lo comprende? Necesito saber quién la mató. ¡Quién la mató!

Entraron, acomodándose frente a una de las mesas, al otro lado del largo mostrador.

Alan miró hacia el suelo.

—Me dijeron que había caído aquí, después de tomar el café —musitó.

—Sí, creo que sí... —replicó la joven con un escalofrío.

—¿Recuerda si salió sola?

—Sí. Le tocaba ir a la academia.

—Haga memoria, Kay. ¿Sabe si últimamente había hecho alguna nueva amistad?

—No. Y creo que me lo hubiese dicho. Me contaba todas sus cosas y yo a ella las mías. Ya le dije que nos llevábamos muy bien.

—¿Y esa tarde?

—Ya le dije que todo transcurrió con normalidad... —Hizo una pausa para añadir, como si de pronto se le hubiese ocurrido algo—: Bueno, hay un detalle, quizá carezca de importancia...

—Cualquier indicio, por pequeño que le parezca, no se lo calle.

—Quizá debí decírselo a la policía, pero la verdad es que no le di importancia.

—¿Qué fue?

—Poco antes de salir. De repente me pareció que estaba muy nerviosa. Recuerdo que rompió un pequeño jarrón decorativo. Luego me pidió que cerrara la tienda. No era la primera vez. Los días que

asistía a clase solía marchar a la hora en punto y yo no la acompañaba, porque tomábamos trayectos distintos.

—¿Y no le, explicó los motivos de su nerviosismo?

—No. Le pregunté si le sucedía algo, pero ella contestó que no.

—¿Recuerda si antes había hablado con alguien por teléfono o personalmente en la tienda?

—Pues, desde luego, en la tienda no. Nunca solía recibir visitas personales, y por teléfono... —pensó durante breves instantes, concluyendo—: No, no lo recuerdo.

—Sin embargo entró en este bar, se sentó en una mesa y alguien puso veneno en su café...

Tras unos instantes de silencio, Alan insistió:

—¿Solían venir a tomar café al salir de la tienda? —No, casi nunca. En pleno verano, cuando el calor era muy fuerte, algunas veces tomábamos un refresco, pero no aquí.

—¿Por qué entraría, Laura? —inquirió Alan, y más que una pregunta dirigida a Kay, fue un comentario hecho para sí mismo.

«¿Por qué entraría aquí y pediría café?», se repitió mentalmente.

CAPÍTULO V

Eran las seis y treinta minutos cuando regresó a la notaría en *Post Street*.

Había luz en su despacho y no se extrañó.

Había dejado bastantes cartas para hacer y Eva, su secretaria, como otras veces, se habría quedado.

A medida que avanzaba oyó un rumor de voces.

Tampoco le extrañó.

Al abrir la puerta se encontró con Rex Stanton.

Rex, además de ser antiguo conocido, por cuestiones de trabajo, pretendía a Eva, y algunos días solía pasar a recogerla.

—¡Hola, Alan! —saludó—. Espero no molestar.

—¿Necesitas algo? —preguntó Alan.

—No... ¡Alan! Me he enterado de la noticia por los periódicos... He estado fuera un par de días, no pude venir antes. Me cuesta creer lo sucedido.

—Sí, a todos nos cuesta... —replicó él, dejándose caer en el sillón de su mesa de despacho.

—Lo siento, Alan. No tengo palabras...

—Eva... —replicó él, dirigiéndose a su secretaria, que había dejado de darle a la máquina de escribir—. Di, Alan.

El largo tiempo de trabajar juntos les daba la suficiente confianza para tutearse.

—Déjalo todo ya. Es tarde. Mañana continuaremos. Puedes marcharte con Rex.

El aludido intervino:

—Si puedo hacer algo por ti...

—Gracias, Rex.

—¿Se sabe algo?

Alan negó con la cabeza.

—Pero la policía...

—Ellos investigan. Yo también lo hago por mi cuenta.

—Ten cuidado, no vayas a meterte en algún lío. Te conozco. Eres impulsivo...

—Por favor, Rex. No son consejos lo que necesita. —¡Alan!— intervino la secretaria, levantándose. —Estás cansado. Creo que deberías...

—Dejadme solo —atajó él.

Rex le miró unos instantes y murmuró:

—Aunque tu hermana y yo no nos conocíamos, por ser algo tuyo, yo... En fin, quiero que sepas que lo siento como si fuese algo que me afectara directamente.

—Gracias, Rex, gracias.

Eva le hizo una seña, indicando que era mejor dejarle.

Ambos salieron del despacho.

Alan hundió la cabeza entre sus manos, la pregunta que bullía en su mente era la misma desde que se enteró del asesinato:

«¿Por qué?».

«¿Por qué la mataron?».

Alan había perdido la noción del tiempo que permaneció en su despacho dando vueltas a la misma pregunta.

Fue el timbre del teléfono lo que le sacó de aquel círculo vicioso del que era imposible salir.

El teniente Rattigan le había hablado de una posible venganza dirigida a la familia.

Dejó de pensar para contestar a la llamada.

Al otro extremo del hilo surgió la voz de Rex.

—Al no encontrarte a tu casa supuse que seguirías ahí... ¡Alan! Hemos estado hablando del asunto con Eva, y de repente se me ha ocurrido algo.

—¿Qué es, Rex?

—Quizá lo consideres una tontería, pero... Si no existe ninguna pista y tu hermana no tenía enemigos...

—Sí, sí, Rex. Sin preámbulos. ¿De qué se trata?

—¿Te acuerdas de Paul Sttaford?

—¿Sttaford?

—Sí. Hace cinco años.

—¡Oh, sí! Aquel asesino que condenaron a la cámara de gas.

—Tu testimonio fue definitivo para él.

—Sí, ya, pero...

—Aquel hombre hubiera podido salvarse. Tú actuaste contra él como testigo de cargo.

—Le vi cometer el crimen. Tenía que hacer lo que era mi deber.

—No. Si yo no te lo reprocho. En tu caso habría hecho lo mismo, pero ¿recuerdas lo que dijo cuando el juez le condenó?

—Creo que lanzó una amenaza. ¿No es cierto?

—Yo estaba contigo, Alan. Como detective particular había trabajado para los familiares de la víctima.

—Sí, sí. Recuerdo el caso.

—Fue un gran fracaso como detective. De no ser por tu testimonio, no habría conseguido encontrar relación alguna, entre Sttaford y su víctima.

—Bien, Rex. Yo no creo en amenazas. Sttaford fue ejecutado.

—Tal vez algún familiar suyo...

—No, Rex, no es posible. Además, han pasado cinco años.

—No tantos. Tardaron dos en ejecutarle.

—De todos modos no lo creo posible. No tiene sentido matar a Laura. En todo caso, de tratarse de una venganza hubiesen atentado contra mí.

—Tal vez... En fin, yo sólo te he indicado una posibilidad. Me gustaría que encontraras al asesino y sabes que puedes disponer de mis servicios profesionales. Quizá no sea un gran detective, pero...

—Gracias, Rex. Tendré en cuenta tu ofrecimiento.

Colgaron después de despedirse y Alan pensó en las palabras de Rex Stanton.

El caso que había mencionado ocurrió cinco años antes.

Lentamente vino a su memoria todo el proceso.

El. —Alan— trabajaba ya en la notaría. Fue durante los primeros tiempos.

Como en tantas otras ocasiones se había quedado para concluir el trabajo. Estaba solo cuando salió de la oficina.

Había bajado la escalera hasta el vestíbulo para salir y se entretuvo en una de las máquinas de cigarrillos para comprar un paquete.

Entonces creyó oír unas voces apagadas. Intentó averiguar de dónde procedían y vio luz en la escalera que conducía a los distintos sótanos.

Seguía recordando.

Se había asomado y las voces llegaron hasta él con más fuerza.

Una muchacha estaba pidiendo auxilio.

Descendió la escalera sin dudarle y entró en el cuarto de las calderas del aire acondicionado.

Había una mujer en el suelo. Acababa de ser estrangulada, mientras un hombre escapaba por los escalones que conducían a la puerta del callejón lateral.

Alan corrió por la parte delantera. Salió por la puerta principal y se dirigió hacia el callejón.

El asesino había tenido que forzar la cerradura para salir y aquello le entretuvo. Por eso Alan pudo verle primero entre las sombras de la calleja, y luego, cuando intentó perseguirle, el hombre se le escurrió por la siguiente calle.

Cuando la luz dio en el rostro del asesino, Alan se fijó bien en él.

Había comunicado el hecho a la policía y comenzaron las pesquisas.

El era el único que podía identificar al asesino, pero durante tres meses fue imposible dar con él.

Y nuevamente, de forma casual, fue Alan quien le vio una tarde en un bar cercano a la bahía.

El criminal no se dio cuenta de su presencia y siguió bebiendo en compañía de unos amigos. Ello dio tiempo a Alan para avisar a la policía, y allí mismo en aquel bar fue detenido.

Tiempo después y tras la instrucción previa del sumario aquel hombre, aquel criminal llamado Paul Sttaford, fue juzgado y condenado a morir en la cámara de gas, por asesinato y violación.

Éstos habían sido los hechos.

Alan recordaba finalmente las palabras del reo, cuando, después de haber sido pronunciada la sentencia, al ser conducido de nuevo a la celda de la corte de justicia, para su posterior traslado a la prisión de la que ya no iba a salir nunca, al pasar por delante de Alan, murmuró:

«—Algún día se acordará de mí, maldito entrometido».

Ésas habían sido las palabras.

«Algún día se acordará de mí, maldito entrometido».

En realidad fueron pronunciadas en un momento de lógico rencor.

Sin embargo, ahora, tras haber recordado fugazmente la historia, Alan se dijo si Rex estaría en lo cierto.

¿Acaso la venganza de algún familiar de aquel asesino, ejecutado tres años antes en la cámara de gas?

CAPÍTULO VI

La entrevista tuvo lugar en un restaurante de California Street.

Fue un almuerzo frugal entre Alan y Rex.

—De acuerdo, Alan. Investigaré con tacto —dijo el detective privado.

—Busca a los posibles descendientes de Paul Sttaford. No estoy totalmente convencido que pueda tratarse de un caso de venganza —repuso Alan—. Sin embargo, cualquier pista puede serme de utilidad.

—Lo haré con mucho gusto, amigo mío y espere poderte proporcionar noticias bien pronto.

—Actúa con tacto, Rex. La policía no ve con buenos ojos que alguien se inmiscuya en sus asuntos, pero no voy a esperar cruzado de brazos.

Alan hablaba con el rostro endurecido, masticando las palabras. Ávido de encontrar al asesino de su hermana.

—Déjalo en mis manos. Yo sé lo que tengo que hacer. Te tendré al corriente.

Poco después los dos hombres se separaron.

Rex tomó su coche para alejarse en dirección opuesta a la oficina de Alan en *Post Street*.

Cuando Alan regresó, Eva, su secretaria tecleaba en la máquina de escribir.

—¿Has hablado con Rex? —inquirió tan pronto el joven hubo cruzado el umbral de la puerta del despacho.

—Sí.

—¿Se encargará del asunto?

—Investigará sobre Sttaford.

—Rex tiene mucho interés. Quizá no sea muy buen detective, pero...

Alan la atajó:

—En el fondo le quieres, Eva. ¿Por qué no te decides a aceptarle?

Ella sonrió.

—No sé... Tal vez porque he cumplido ya los veintiséis años.

—No eres una vieja.

—Me he acostumbrado a esta vida. A veces... termo al matrimonio.

Alan la miró unos instantes.

Era bonita. Había adquirido, además, inteligencia y comprensión. Se sentía responsable e independiente, quizá por ello le costara más aceptar una nueva situación en su vida.

Dejó sus pensamientos. Aquello era una cosa trivial para él. Lo importante seguía siendo el asesinato de su hermana. El esclarecimiento de aquel crimen sin motivo aparente.

El interfono funcionó arebatándole de sus cavilaciones.

Eva respondió.

—¿Diga, señor Wilson?

La voz de Dave Wilson, el dueño de la notaría, respondió:

—Diga a Alan que venga a mi despacho.

La secretaria pasó el encargo del jefe.

Alan se levantó de su sillón para entrar en el despacho contiguo por la puerta que comunicaba con ambos.

—Diga, señor Wilson.

El viejo Dave Wilson sonrió beatíficamente.

Era la stampa del hombre comprensivo, humano, consciente de sus deberes para con el prójimo.

—Alan..., quería hablar con usted.

—Le escucho.

—Síntese, por favor.

Alan obedeció.

El jefe habló con claridad, sin ambages.

—Alan, yo sé cuánto le ha afectado todo este asunto. Lo considero absolutamente natural, pero si me permite dos palabras... Escúcheme. Lo he estado pensando.

—¿De qué se trata, señor Wilson?

—De su padre y de usted.

Alan le interrogó con la mirada.

El dueño de la notaría señaló unos documentos que tenía encima

de la mesa.

—Tengo todo preparado para que su padre ponga su firma en estos papeles. ¿Sabe lo que es esto?

Alan no replicó aunque comprendía perfectamente.

El notario siguió:

—La firma de su padre significaría nuestra asociación. Harry es hombre que vale, y usted, Alan, un, magnífico colaborador.

—Gracias, señor Wilson.

—Pero en estas circunstancias... Yo creo que tanto su padre como usted necesitan tomarse un descanso, olvidarse de todo.

—No es tan fácil, señor Wilson.

—Mc hago cargo. Alan... Pero hágalo usted por su padre. Vayan a pasar una temporada en el campo. A principios de otoño es la mejor época. Y ustedes tienen un pariente en la sierra.

Alan asintió.

—Vayan con él.

—Papá no querrá.

—Inténtelo, Alan. La muerte de Laura ha sido para él un golpe tremendo... Ya sé que para usted tampoco ha sido menos, pero es distinto. Usted es joven, sabrá reponerse. Piense en su padre. Está pasando una crisis y precisa de un cambio de ambiente.

—No sé... —dudó Alan.

—Vayan a ver a su pariente...

—Sí —musitó Alan dubitativo—. Supongo que tío William se alegraría, pero...

—Sin peros, Alan. Tómense unas vacaciones los dos. Les conviene. La policía se encargará del asunto.

—Hay mucho trabajo en la oficina, señor Wilson.

—¡Bah! Ya nos arreglaremos. Hágame caso, Alan. Si no quiere hacerlo por usted, piense en su padre. Es el consejo de un amigo.

Tras una breve pausa, el joven replicó:

—Gracias, señor Wilson. Agradezco su gesto en lo que vale. Hablaré con mi padre esta misma noche.

Harry Crosby seguía como un autómatas.

Su rostro inexpresivo era como una máscara.

Toda la actividad que normalmente desplegaba se había venido abajo.

Parecía un hombre sin voluntad, un muñeco de feria.

—Padre —repitió Alan aquella misma noche—. El señor Wilson cree que deberías visitar a tu hermano... Yo creo que tiene razón. Hace años que no te has tomado unas vacaciones y tío William se alegraría de verte. Podemos ir los dos en el coche.

No hubo respuesta.

A Harry Crosby tanto parecía darle una cosa como otra.

No había dicho ni sí ni no, pero Alan sabía que conseguiría arrastrarle hasta la villa que su tío —el hermano de su padre— poseía en pleno monte.

Era una de las mejores posesiones del Estado de California, entre San Francisco y Los Angeles, en la zona interior. Un lugar rodeado de secuoyas centenarias, de abetos, de paz.

Sí. Alan pensó que su padre obedecería como un manso cordero; el reverso de la que había sido hasta entonces.

Se dispuso a preparar el equipaje.

Pero entretanto...

En la penumbra de una habitación, un asesino, con el rostro oculto entre las sombras pensaba en la impunidad de su crimen.

La mente del criminal tradujo en voz alta sus propios pensamientos:

—Nunca llegarán a saber la verdad —se decía a sí mismo—. Jamás conseguirán saber que he sido yo.

Sí. El criminal, aquel hombre que en todo momento se preocupó de que su rostro no pudiera ser demasiado visto, estaba convencido de haber cometido el crimen perfecto.

Y los motivos de su crimen sólo los conocía él.

CAPÍTULO VII

Tío William era un inválido.

Desde hacía bastante tiempo estaba condenado a vivir sentado en una silla de ruedas de la que sólo podía levantarse con grandes esfuerzos y lo hacía en contadas ocasiones.

Un viejo y leal sirviente. —Peter— le vestía y le desnudaba y una doncella cuidaba de los trabajos de la casa, excepto la limpieza para lo cual el rico tío William disponía de varias asistentes que iban dos veces por semana a la gran mansión.

La llegada de Harry Crosby y su hijo le llenó de satisfacción.

—¡Ya era hora de que os acordarais de mí! —exclamó apenas se apearon del auto que Alan había conducido hasta la explanada de la finca junto al porche que recordaba las viejas y tradicionales edificaciones del Sur.

La dolencia crónica de tío William y la debilidad de su corazón aconsejaron a Alan no revelarle la verdad de lo ocurrido a Laura.

El joven, durante el viaje, logró convencer a su padre para que no hablara del asunto.

William, con su proverbial optimismo, especie de máscara que se había impuesto a sí mismo para disimular su propio malestar, añadió:

—Y tú, hijo pródigo —espetó mirando a su hermano Harry—. ¿Tan atareado estás que no tienes siquiera un fin de semana libre?

Harry, dentro de su estado de indiferencia pudo esbozar una forzada sonrisa.

—Me alegro de verte, Willy. De veras tenía ganas de venir.

Alan se apresuró a intervenir.

—Los que tenemos que trabajar para vivir, no podemos viajar con la frecuencia que deseáramos.

—Yo trabajé antes que vosotros... ¿Y ya veis de qué me ha servido? —Dentro de su fingido optimismo había un deje de tristeza

en su voz—. Soy un condenado. Peor de los que esperan en la celda de la muerte.

—No digas esto. Tu salud es de hierro, tío Willy. Ya quisieran muchos estar como tú. ¡Esto es vida!

—¿Llamas vida a que un hombre esté sentado en una maldita silla como ésta?

Alan comprendió que no se había expresado bien.

—Todos tenemos nuestros problemas, tío... Pero no estamos aquí para hablar de ellos...

El servicial Peter apareció para recoger el breve equipaje de Harry y su hijo.

—Ve tú, papá —dijo Alan—. Yo subo enseguida.

Harry obedeció como un niño obediente.

Cuando se hubo alejado, Willy frunció el entrecejo.

—¿Qué le pasa a mi hermano?

—De eso quería hablarte, tío Willy. Necesita un descanso, por esto estamos aquí. Y yo le he acompañado porque al principio se negaba a venir.

—¿Es algo grave?

—No. No lo es... Pero necesita distracción. Algo que le haga olvidar... el trabajo.

—¡Oh, sí! Comprendo. En Frisco pasáis demasiadas horas encerrados entre cuatro paredes. El aire puro es lo mejor.

Siguió una conversación intrascendente, hasta que Alan se dirigió a la habitación que ya había ocupado en anteriores ocasiones en las que fue a visitar a tío Willy.

Apenas había entrado cuando apareció su padre.

—Debemos decírselo, Alan —dijo.

—¿Qué?

—Mi hermano debe saberlo...

—Papá... No serviría de nada. Le daríamos un disgusto innecesario. El ignora lo ocurrido y creo sinceramente que es mejor así.

Harry Crosby miró a su hijo como un extraño.

Su momento de lucidez había transcurrido. Volvía a ser un hombre sin voluntad, un autómata guiado únicamente por el instinto.

Se quedó en el umbral de la puerta viéndole cómo se metía en la

habitación contigua a la suya.

En aquel mismo momento tío Willy, sentado siempre en su sillón de ruedas, ascendía por la rampa construida expresamente al lado de la escalera, a fin de que pudiera subir y bajar con la silla de ruedas, sin necesidad de ayuda.

—¿Estáis bien? —preguntó convencido de antemano de que la respuesta iba a ser afirmativa.

—Tú sabes que sí, tío Willy.

—Debisteis haberos traído a Laura con vosotros Hace siglos que no la veo... Debe haberse convertido en una mujer muy interesante...

Alan varió de conversación. Hablar de su hermana —muerta— era volver a revivir recuerdos desagradables, todavía demasiado próximos.

—Tío Willy... ¿Cómo anda el resto de la familia? Primo Steve y primo Harold.

—¡Oh, bien! Suelen visitarme con alguna frecuencia... Saben que junto con vosotros son los únicos herederos. —Y Willy rió complacido de saberse asediado por la inmensa fortuna que poseía entre efectivo y demás posesiones.

—A mí nunca me ha interesado el dinero...

—¿Escupes sobre los billetes de Banco? —bromeó el viejo inválido.

—Sólo confío en lo que pueda ganar con mis manos. Éste ha sido siempre mi lema.

—Sí, Alan. Me consta que tú nunca has sido interesado en este sentido. No eres igual que los otros... A veces me parecen como buitres que huelen la carroña. Esperan mi muerte...

—Perdona, tío. Estoy algo fatigado. ¿Me disculpas?

—No faltaría más... Nos veremos a la hora de la cena. Entretanto descansad.

Y el viejo, moviendo con presteza y habilidad las ruedas de su silla de inválido, se alejó de nuevo en dirección a la rampa para descender, frenando el impulso de la silla para evitar precipitarse hacia el fondo.

Alan se encerró en su cuarto.

No era cierto que se sintiera fatigado, pero necesitaba hallarse a solas.

Las palabras de su tío le habían dado una idea fugaz.

Tal vez el motivo de la muerte de Laura tuviese otro fundamento...

CAPÍTULO VIII

Alan pidió una conferencia con Los Angeles.

—Por favor, operadora. Póngame con Steve Marsh. De persona a persona.

Mientras aguardaba la conexión, Alan reflexionó.

¡La herencia de tío Willy!

El y su padre eran herederos, igual que lo había sido Laura, pero también estaban Steve Marsh, sobrino por parte de la difunta esposa de Willy, y luego Harold Lever, otro sobrino por la misma línea.

Alan llevaba años sin ver a ninguno de los dos, pero sí recordaba que ambos se caracterizaban por su ambición.

Los negocios poco claros de Steve le habían conducido en más de una ocasión a situaciones comprometidas.

Pensando en él —en Steve—. Alan se dijo que era la clase de hombre capaz de cometer cualquier cosa por dinero.

Le costaba trabajo sospechar de él como presunto asesino de su hermana, pero repentinamente sintió necesidad de hablar con él.

La voz al otro lado del hilo le sacó de sus cavilaciones para informarle:

—Lo siento. El señor Marsh no está en la ciudad.

No volverá hasta la semana próxima. Soy su secretaria, si quiere dejarme el recado.

—No. Es personal. Volveré a llamarle dentro de unos días, dígame que le ha llamado su primo Alan, desde casa de tío Willy. Eso es todo, gracias.

Alan colgó, y buscó en su agenda otro número de teléfono.

No lo encontró y se decidió por el listín telefónico.

Miró en la letra L.

Recorrió con el dedo la serie de apellidos Lever, hasta dar con el que buscaba:

Harold Lever, en Oakland.

¡Oakland!

El distrito se hallaba en la parte norte de San Leandro, relativamente cerca de donde trabajaba Laura.

Marcó el número ávidamente para poder hablar directamente con su primo.

Nadie contestó.

Evidentemente Harold no se hallaba en su casa.

Alan consultó su reloj.

No. Era demasiado temprano para que Harold, el soltero y trasnochador Harold estuviese en su apartamento, demasiado lujoso para sus ingresos.

Al colgar el teléfono barajó los nombres de sus dos primos.

¿Steve?

¿Harold?

Luego, se preguntó: «¿Es posible que cualquiera de los dos sea capaz de cometer un crimen?».

De ser cualquiera de ellos culpable de la muerte de Laura, la razón sería obvia... El móvil del crimen habría sido la desaparición de un heredero.

Pero quedaban otros cuatro, incluyéndose a sí mismo y a su padre.

—Steve, Harold, papá y yo...

¿Acaso el asesino había decidido matar a alguien más?

Steve Marsh miró a su secretaria y en su rostro se esbozó una sonrisa de complicidad.

—Lo haces muy bien, querida...

—¿No estás para nadie, verdad? —replicó ella sonriendo a su vez.

—Sólo para ti.

—El que ha llamado por teléfono ahora mismo... —empezó ella.

—Es un primo. El hacendoso e infatigable primo Alan. Le odio cordialmente. Cuando muera tío William él sacará la mejor tajada.

—Podrías asesinarle —susurró ella acercándose con un andar ondulante.

—¡Oh, sí! Ya he pensado en asesinar a todos los posibles herederos del viejo William.

—¿Y por qué no lo has hecho, tonto? —susurró ella pegada casi al hombre, que se había levantado del butacón donde se hallaba

sentado.

La escena tenía lugar en un despacho de Los Angeles, aunque la ambientación de la estancia parecía más bien una sala de estar.

Steve besó a su secretaria. En realidad, se suponía que era algo más que secretaria. Steve siempre fue un hombre voluble, amante de los placeres y naturalmente de las mujeres hermosas.

—Tendría que asesinar a demasiadas personas, pero lo pensaré —replicó él.

Sin dejar de abrazarla, añadió:

—Bueno. Es hora de que preparemos el fin de semana. ¿Dónde quieres ir esta vez?

Ella, tras una sonrisa prometedora, frunció el entrecejo:

—¡Steve! Estás lleno de deudas... —Se acercó a la mesa de despacho de su «jefe» y cogió unos cuantos papeles que dejó caer de nuevo—. Facturas, más facturas y más facturas...

—Ya las pagaré algún día —repuso él.

—Vas a verte en un buen lío.

—Un hombre sin líos es un hombre que cría abdomen y barriga... No es para mí. Prefiero vivir como vivo... Vamos a gastarnos los últimos trescientos dólares... Después...

—¿A esperar que se muera tu viejo tío? —inquirió ella sonriendo con aire maternal.

—Tal vez —repuso Steve—. No lo he decidido. Pero lo importante es vivir hoy... Mañana... Dios proveerá. ¿No se dice así?

Rieron los dos con esta despreocupación propia del que vive el presente sin importarle ni el pasado ni el futuro.

Alan hubiera pensado:

«¿Es Steve el asesino?».

Harold Lever, cruzaba, en aquellos momentos el San Francisco-Oakland Bay Bridge[1].

Al igual que Steve Mrsh, tampoco estaba solo.

Junto al asiento delantero del «Buick» se hallaba sentada una rubia oxigenada con una exigua minifalda.

Mientras cruzaba el puente, Harold distribuía sus miradas entre el parabrisas y las bien torneadas piernas de la rubia.

—Conozco un sitio excelente y discreto. Lo pasaremos bien —dijo él guiñando el ojo a su acompañante.

—¡Oh, Harold! No más martinis por esta noche. No sé dónde tengo la cabeza —replicó ella con voz sofisticada.

—Unas copas más, una buena cena y baile hasta que amanezca... ¿No has presenciado nunca un amanecer en la bahía?

Ella sonrió.

—Harold... Debes ser muy rico, ¿eh?

Harold, demasiado grueso para su edad relativamente Joven aún, sonrió:

—Lo seré algún día y puede que no tarde demasiado.

—¿Esperas heredar? —sonrió la bella de turno.

—Espero... ¡Oh! Haces demasiadas preguntas.

—Espero no haberte molestado, Harold. Yo quiero que lo pasemos bien juntos.

—Y yo, nenita, y yo... —replicó el obeso Harold Lever.

Terminaron de cruzar el puente para dirigirse hacia el Downtown[2].

CAPÍTULO IX

Era la hora de la cena.

Tío William se sentó a la mesa y con él lo hicieron Harry y Alan Crosby.

El servicial Peter sirvió los manjares.

William, ocupando la cabecera de la mesa, después de haber abandonado su sillón de ruedas, carraspeó un par de veces con el énfasis de quien va a pronunciar un discurso:

—Creo que vuestra llegada no puede ser más oportuna... Harry, tú eres mi hermano. Ello quiere decir que constituyes el pariente más próximo que tengo... La nuestra siempre fue una familia unida aunque luego cada uno tomara el rumbo que más le convino... Desgraciadamente mi vida ya no puede durar mucho. Sé que no está lejano el día en que voy a dejar este mundo.

Alan carraspeó como si quisiera interrumpir el tétrico mensaje, pero su tío le atajó con un ademán, seguido de la palabra, clara y decidida de quien está dispuesto a terminar lo que ha empezado:

—Tú también eres uno de mis más caros familiares, Alan. Me consta tu eficiencia y tu amor al trabajo...

—Gracias, tío, pero no sé a qué viene...

—Por favor, Alan... Creo que vuestra llegada no ha podido ser más oportuna para mí —repitió el viejo—. Deseaba tener a toda la familia reunida. A vosotros y... a los demás.

—¿Te refieres a Steve y a Harold? —inquirió Alan.

—Sí. Y a Laura. La buena y bonita Laura... Debíó acompañaros...

Alan cambió una mirada con su padre, que al oír el nombre de su hija pareció estremecerse.

—Tío William —cortó Alan—. ¿Por qué quieres reunimos?

—No sé... Presiento que el fin está próximo. Quisiera despedirme de todos... Harold y Steve apenas vienen a verme, quizá

en el fondo nunca les he demostrado una excesiva simpatía porque son distintos de vosotros, pero son hijos de los hermanos de mi mujer, y por tanto sobrinos legítimos, y yo... tengo bastante dinero; bastante para todos, pero el dinero no lo es todo. Tal vez el cariño que no supe dar cuando todavía podía valerme por mí mismo es más importante que un puñado de dólares... Sí, me gustaría tenerlos a todos en esta mesa que es demasiado grande para un hombre solo. Despedirme de ellos. Deciros a todos que si la vida fue benévola conmigo en cuanto a los negocios, me castigó duramente con esta enfermedad que me llevará a la tumba y que me mantiene prácticamente inválido.

—Tío William... Tú tienes vida para muchos años —atajó Alan queriendo cortar aquella lúgubre conversación.

—Esto sólo Dios lo sabe, pero uno sabe también cómo están sus fuerzas, y las mías andan muy debilitadas.

Se hizo un silencio.

Todos comían casi por puro compromiso.

El dueño de la casa añadió tras una larga pausa.

—¿Por qué no les llamas, Alan? Diles que vengan todos: Celebraremos una especie de fiesta.

Alan se abstuvo de decir que acababa de intentar localizarles aunque por motivos bien distintos.

Se limitó a asentir.

Luego, tras la cena, pensó que tal vez no sería mala idea tenerles a todos allí.

La idea de que la muerte de Laura fuera consecuencia directa de la herencia de tío William iba cobrando cada vez una forma más consistente.

Tal vez el móvil del crimen había sido aquél.

No podía hablar con su padre del asunto, porque el hombre seguía todavía con aquel aspecto ausente, imposibilitado de coordinar.

«Sí... —pensó Alan—. Les localizaré. Quizá tenerles a todos aquí me ayude a descubrir la verdad».

Estaban ya todos acostados cuando Alan paseaba todavía por el jardín que circundaba la casa.

La noche era tranquila.

La luna inundaba con su resplandor los contornos.

Todo estaba en completo silencio, cuando Alan entró en la mansión y cerró la puerta con llave, asegurándola con el pestillo.

Cruzó el amplio *hall* y pasó a la sala contigua, especie de salón y estudio del que sobresalía un armero situado en la pared.

Era un armario con puertas de cristales donde se hallaban colgados media docenas de rifles en buen uso y cuatro revólveres.

Intentó abrirlos y comprobó que estaba cerrado con llave.

De repente oyó unos pasos en el corredor cercano que daba a las habitaciones de servicio.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

No obtuvo ninguna respuesta.

Escuchó conteniendo la respiración.

Unos pasos suaves sonaban por el corredor.

Se acercó al portalón y atisbo por el pasadizo.

La oscuridad le impedía ver nada.

Los pasos habían sonado.

¿Quién estaba andando por la casa?

Pegado a la pared, siguió escuchando.

El sonido suave de una puerta al cerrarse le orientó:

¡La cocina!

Alguien estaba en la cocina.

Anduvo por el corredor procurando que sus pisadas no delataran, su presencia.

Sabía que la puerta de la cocina era la primera, que a la vez comunicaba con el comedor de la mansión.

Escuchó unos instantes a través de la mampara de madera. Luego, por el resquicio entre la base de la puerta y el suelo vio luz.

Abrió lentamente.

La puerta se abrió sin producir el menor ruido.

De repente una voz sobresaltada exclamó:

—¿Quién es?

Alan terminó de abrir.

La que había hablado era Nayla, la doncella.

Estaba en pie con los ojos muy abiertos mostrando un cierto miedo.

—¡Oh! Es usted —exclamó más aliviada.

—¿Qué le ocurre? —inquirió él.

—Nada... Pero al ver que la puerta se abría me asusté... No sé lo

que ocurre en esta casa... Será porque es tan grande, pero, a veces, no puedo reprimir un escalofrío.

—Yo también oí ruido de pisadas antes y por eso me acerqué.

—¿Ruido? —preguntó ella.

—Sí. ¿No ha oído usted nada?

—No... Estaba escribiendo... Lo hago siempre a esta hora, cuando todos se han acostado.

Alan miró hacia la mesa de la cocina. Vio que efectivamente allí encima había recado de escribir y una carta empezada.

—Escribo a mi novio —sonrió ella tímidamente como si quisiera disculparse.

—Bien. Siento haberla molestado... —Dio la vuelta para salir, pero al llegar a la puerta se volvió. Nayla seguía mirándole.

—¿Desea alguna cosa, señor Crosby?

—Sí. ¿Quién guarda las llaves del armero?

—¡Oh! El armero... Peter. Peter tiene las llaves —repuso ella.

—Gracias, Nayla.

Salió de nuevo al corredor y casi se dio de bruces con el criado.

—¿Deseaba algo, señor? —preguntó Peter con su habitual afabilidad que parecía más bien una «pose». Algo estudiado de antemano, que chocaba con su aspecto más bien frío de rostro adusto e impenetrable.

—Sí, Peter... Las llaves del armero. Nayla me ha dicho que las guarda usted.

—¿Las llaves del armero? —repitió el criado.

—Sí... Me gustaría examinarlas... Las armas, claro.

—Desde luego, señor. —Y se metió la mano en uno de los bolsillos de su pantalón y extrajo un manajo de llaves del que sacó una.

—Ésta es, señor.

—Gracias, Peter... ¿Sabe si hay munición?

—En el mismo estante del armario encontrará algunas cajas.

—Gracias.

Peter se quedó todavía en el corredor, cuando Alan iba a dar la vuelta. Sin embargo, todavía se volvió para indagar:

—¡Ah, Peter! ¿Anduvo usted antes por el pasadizo? Por aquí mismo donde estamos ahora.

—¿Yo? No, señor. Estaba en la habitación de su señor tío por si

necesitaba alguna cosa... Probablemente debió ser Nayla, la doncella.

Alan sabía que Nayla no había sido. Por lo menos ella así se lo había dicho.

No hizo ningún comentario al criado, pero no dejó de pensar:

Si, ni Nayla, ni Peter habían estado rondando por el pasadizo, ¿quién había sido?

CAPÍTULO X

Alan se encerró en su habitación después de haber comprobado el perfecto funcionamiento de los rifles.

Todos estaban bien engrasados, preparados para ser usados en cualquier instante.

Igualmente las pistolas y revólveres que se guardaban en el armero.

Había balas de distintos calibres para cada una de las armas.

No era de extrañar si se tenía en cuenta la enorme afición que William Crosby había tenido siempre hacia las armas.

En su juventud fue un buen cazador, y ya en su madurez, antes, de caer víctima de la enfermedad que le retenía prácticamente inmóvil, también el arte cinegético había sido su único *hobby* conocido, aparte del de vivir aislado y en plena naturaleza.

Alan, como mera precaución, retiró una de las armas del armario y se la llevó consigo a su dormitorio.

Tenía un presentimiento y se dijo que nunca estaría de más estar preparada contra alguna eventualidad.

Sé desnudó y después de enfundarse el pijama se tendió en la cama y cruzó los brazos bajo la nuca.

Pensativo, tardó en conciliar el sueño.

Hablando consigo mismo murmuró con voz apenas perceptible:

—Creo que he hecho bien en venir aquí.

Si...

Era como si un sexto sentido le advirtiera de que en el sitio donde menos podía pensar, hallaría la clave del asesinato de su hermana Laura.

Pera faltaba lo principal. El nombre del asesino...

—Si fuese alguien de la familia —murmuró de nuevo— la forma de tenerlos vigilados sería que todos estuvieran en la casa.

Y «todos», eran Steve y Harold.

Se dijo que por la mañana volvería a llamarles, dejándoles el recado concreto de, que fueran a la vieja pero confortable mansión.

Al fin y al cabo la idea había partido del propio tío William, por lo que no tendría que andarse con subterfugios.

Mientras se hallaba en sus cavilaciones, sin poder conciliar el sueño, en la cocina tenía lugar una conversación.

Sus protagonistas eran un hombre que se encontraba vuelto de espaldas hacia la puerta por la que podía salirse directamente al exterior de la casa y la doncella.

Nayla estaba diciéndole en aquellos momentos:

—¿Qué es lo que te ocurre, Roy? ¿Por qué no eres sincero conmigo? Últimamente apenas vienes a visitarme. Yo sé que te pasa algo. Tienes problemas... Me gustaría que confiaras en mí.

El hombre, sin volverse, permaneció silencioso.

Nayla, tras una pausa, añadió:

—Roy... ¿Es que acaso ya no me quieres?

El hombre se volvió en el instante en que Peter, acercándose con sigilo se disponía a escuchar tras la puerta.

Hasta él, llegó la respuesta del novio de Nayla.

Su voz sonaba apagada, como si procurara que nadie pudiera oírle:

—Tú sabes que te adoro, Nayla... Pero todo me sale mal. ¿Quién soy yo? Un don Nadie.

—¡Roy! —exclamó la voz de ella en otro susurro—. No me enamoré de ti pensando en que fueras un hombre rico... Ya ves. Yo trabajé como doncella.

Y el contestó:

—Pero estás acostumbrada a vivir bien. Ésta es una casa donde el dinero abunda y tú misma puedes juzgar cómo viven las personas a las que nada falta... Si nos casáramos carecerías de muchas de las cosas que hoy te son familiares... Una buena mesa, un sueldo para ti sola con el que puedes vivir sin estrecheces y hacer lo que se te antoje... ¡Nayla! Si te casas conmigo, yo no quiero que sigas trabajando... Me gustaría tenerte como a una reina.

—¡Roy! Mi Roy querido... —murmuró ella.

Aun a través de la puerta podía adivinarse que ambos se encontraban estrechamente abrazados.

Y ella susurraba:

—¡Oh, Roy! Por un momento tuve miedo de que no me quisieras... De que te hubieses cansado de mí.

—¿Cómo puedes decir esto? —musitó él.

Peter seguía escuchando. Su aire servicial y afable había desaparecido por completo de su semblante.

Tras la puerta, las voces de los dos enamorados se hicieron más tenues. A veces cesaban.

Cualquiera hubiese podido adivinar que cuando los murmullos dejaban de oírse, los labios del hombre y los de la mujer se unían en sendos besos.

Luego él otra vez:

—No me gusta tener que andar escondiéndome...

—Ya sabes que al señor Crosby no le gusta que reciba visitas...

—Sí. Por esto mismo. Si yo no fuera un don Nadie...

—¡Oh! Deja de autocompadecerte, Roy. Yo tengo fe en ti.

Otra pausa.

Luego fue ella la que añadió:

—Ya ves que te estaba escribiendo cuando llegaste...

—Sí... Pero al aparecer el sobrino del todopoderoso dueño de esta choza he tenido que esconderme en la despensa... Esto me hace sentir culpable.

—No te atormentes, Roy. Al señor Crosby no le queda mucho tiempo de vida... Tendrá que dejar la casa y entonces nada impedirá que nos veamos todos los días si tú quieres.

Se hizo el silencio.

Peter comprendió que aquel mutismo se prolongaría durante bastante tiempo. El amor no necesita de palabras, y a partir de aquel momento las lamentaciones habían terminado. Pensó, que ambos estaban entregados a su pasión y se alejó con el mismo sigilo con que había llegado.

En su habitación, Alan seguía despierto, aunque tendido en la cama no pudo ver cómo el novio de la doncella salía por la puerta de servicio que comunicaba con la parte lateral de la casa.

Tampoco pudo ver a Peter, como por otra puerta salía al exterior y seguía con la mirada al enamorado al que sólo pudo ver de espalda.

Sin embargo, en aquellos instantes, Alan también dedicaba parte de sus pensamientos al criado.

Peter...

Sí. Parecía gozar de toda la confianza de tío William, pero...

¿Era realmente persona de fiar?

CAPÍTULO XI

El zumbido del teléfono puso en movimiento a Peter, que tomó el recado.

Eran las ocho de la mañana.

El criado subió la escalera y cruzó el pasillo del piso superior de la mansión hasta detenerse frente a la puerta de Alan.

Llamó con los nudillos.

Alan salió de la reconfortante ducha con una toalla enrollada a su cuerpo.

—Adelante —autorizó.

Peter apareció en el umbral.

—Preguntan por usted, señor Crosby. Una llamada desde San Francisco. Puede utilizar el teléfono de la habitación.

—Gracias, Peter.

El criado se retiró y Alan se dispuso a entablar conversación con su comunicante.

Al otro lado del hilo sonó la voz da Rex Stanton. —¡Hola, Alan! Espero no haberte despertado—. ¿Qué hay, Rex?

—Tengo noticias para ti. Es posible que te sorprendan un poco, pero demuestran que mi tesis no estaba del todo descaminada.

—Suéltalo todo, Rex. ¿De qué se trata?

—¿Recuerdas a la compañera de Laura en la tienda? —Sí... Kay.

—Kay Simmons, exactamente.

—¿Qué ocurre?

—Agárrate, Alan. Te vas a llevar una sorpresa.

—Habla de una vez.

—Kay Simmons tiene algo que ver con Stafford, el asesino ejecutado hace tres años.

—¿Quéee? —exclamó Alan realmente sorprendido.

—Sabía que te sorprenderías.

—¡Kay Simmons! —repitió Atan.

—Sí, Alan... Tú mismo puedes comprobarla. No creo que lo niegue. Pero es seguro que por lo menos visitó un par de veces a Sttaford cuando se hallaba esperando que se cumpliera la sentencia.

—Gracias, Rex, Has hecho un buen trabajo. Hoy mismo iré a San Francisco.

—Seguiré investigando. Ya nos veremos.

—Adiós, Rex. Hasta la vista.

Alan colgó.

En su rostro se hallaba reflejada la sorpresa por la inesperada noticia.

Mientras se vestía apresuradamente se preguntó si sus sospechas de que el asesinato de su hermana tuviera algo que ver con la herencia no estuvieran totalmente equivocadas.

Por lo menos, la revelación de Rex Stanton abría camino a otras posibilidades.

Si Kay —la compañera de trabajo de Laura— había ido a visitar al condenado Sttaford, otra vez cabía la posibilidad de que el móvil de aquel crimen fuera una venganza.

¿Quién era en realidad Kay Simmons?

CAPÍTULO XII

Kay mostró su sorpresa primero y después pareció celebrar la presencia de Alan con una sonrisa.

—¡Hola! ¿Cómo está usted? —inquirió.

Estaban en la tienda.

Era mediodía y faltaban escasos minutos para cerrar.

—Mientras almorzamos hablaremos —dijo él escuetamente—. Creo que la última vez se le olvidó decirme algunas cosas.

La muchacha se mostró sorprendida.

La actitud de Alan era adusta, fría y tajante a la vez.

—No le comprendo...

—Dese prisa —replicó Alan.

Poco después, ambos se hallaban sentados en una mesa del *snack* donde la joven solía comer.

Apenas el camarero había servido unas hamburguesas, la salsa correspondiente y sendas botellas de cerveza, Alan espetó:

—Ahora hableme de Sttaford.

—¿Eeh? —musitó ella, sorprendida.

—Sabe perfectamente de quién le hablo. Paul Sttaford. Juzgado y condenado hace cinco años por un delito de violación y asesinato. Fue ejecutado en la cámara de gas hace tres años.

—¡Oh, sí! —vaciló ella, siempre con su gesto sorpresivo.

—¿Le conocía, verdad? Usted conocía al asesino.

—No... No comprendo lo que quiere decir, Alan...

—Vamos, Kay, déjese de zarandajas. Sé más de lo que usted se imagina. Conque hable claro... A mi hermana la asesinaron por algún motivo.

—¡Alan! Usted no puede pensar que yo...

—Hableme de Sttaford. ¿Qué relaciones tenía con él?

—¿Relaciones? ¡Ninguna! Yo apenas le conocía. Le había visto alguna vez... Vivía en el mismo barrio que yo, pero...

—¿Por qué fue a visitarle en la cárcel, cuando esperaba que se cumpliera su condena?

—Sí. Es cierto. Fui a verle, pero lo hice para complacer a su madre.

—¿A la madre de Sttaford? —inquirió Alan frunciendo el entrecejo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Ella me lo pidió.

—Entonces era amiga de la familia.

Kay sacudió la cabeza de un lado a otro como si estuviera viviendo una pesadilla y tratara de librarse de ella.

Replicó en tono impaciente y persuasivo a la vez:

—¡Oh, no! Ya le dije que éramos vecinos... La madre de Paul Sttaford estaba muy enferma. Ella no podía ir a ver a su hijo y me rogó que lo hiciera en su nombre. Esto es todo.

—¿Y por qué a usted, precisamente?

—Oiga, Alan. No sé lo que usted está pensando, pero la señora Sttaford era una excelente persona. Mi madre y ella solían hablar a menudo. Ya sé que los Sttaford no eran gente muy bien mirada, por culpa de Paul, pero le repito que la señora Stafford era una persona excelente...

Hizo una breve pausa para añadir:

—Cuando mi madre murió, yo no tuve muchos tratos con la señora Sttaford, mi trabajo me lo impedía, pero cuando recibí recado suyo de que fuera a verla no dudé en hacerlo... Sabía que su hijo había sido acusado de asesinato y condenado, pero ella no tenía la menor culpa.

Alan guardó silencio esperando que la muchacha continuara con su explicación.

Kay prosiguió:

—Fui a verla y me rogó que visitara a su hijo. Me rogó que le transmitiera algunas cosas sin importancia. Y me dijo que rogaba todos los días para que el Señor se apiadara de él... Eso es todo, Alan. No creo haber hecho nada malo por ir a visitar a un condenado, ni sé qué relación pueda tener con lo Sucedido a su hermana de usted.

Tras un silencio, Alan replicó:

—¿Usted no sabía que yo fui testigo de cargo durante el juicio contra Sttaford?

—¡No! —aseguró rotundamente la joven.

—¿Laura nunca le habló de ello?

—No.

—¿Cuándo mi hermana entró a trabajar en la tienda, usted ya estaba empleada en ella?

—No —volvió a negar Kay—. Yo entré a trabajar bastante después... Hará apenas un año.

Alan guardó silencio.

—De veras. Nunca hablamos de ello. Y yo no podía saber que usted hubiera sido testigo de cargo de Sttaford. Todo ha sido una coincidencia. Y no puedo comprender...

—Deme las señas de la madre de Sttaford —atajó Alan—. Tendrá que disculparme, pero quiero comprobar todo lo que acaba de decirme.

—¿Es que sospecha acaso que yo...?

Alan la atajó nuevamente:

—Sttaford prometió vengarse de mí... Yo sigo vivo, pero mi hermana está muerta.

—¿Y piensa que alguien ha podido vengarse en efe porque usted declaró en contra de Sttaford?

—Cualquier posibilidad es válida, Kay, y no desperdiciaré ninguna de las posibles pistas.

—Está bien, le daré las señas. Hace años que no veo a la señora Sttaford. Vaya usted y averigüe lo que quiera.

Sacó un block de notas, arrancó una hoja y anotó un domicilio.

Alan murmuró:

—Esto no cae muy lejos. Usted me acompañará.

—¡No!

Alan sonrió receloso.

—¡Oh! No voy a exponerme que usted la llame por teléfono, Kay... Y siento tener que desconfiar de usted.

La joven puso un gesto de contrariedad. Todo aquello parecía molestaría enormemente, sin embargo, ante la mirada autoritaria de Alan, acabó por obedecer.

—Está bien, vamos. Creo que es el único modo de que se convenza de que no miento.

No habían probado bocado de los platos pedidos.

Salieron ambos del *snack* y en el propio coche de Alan emprendieron el camino hacia la casa de la madre de Paul Sttaford, el hombre que había muerto tres años antes en la cámara de gas, convicto de violación y asesinato en la persona de una muchacha.

CAPÍTULO XIII

La patrona de la casa que ocupaba uno de los modestos apartamentos, en la planta baja dijo:

—Lo siento. Llegan ustedes tarde. La señora Sttaford hace tres meses que murió.

Alan cambió una mirada con Kay.

Ella murmuró:

—Lo siento. Me habría gustado que pudiera comprobar personalmente que no le he mentado.

La portera miró a la joven y adujo:

—¿Usted vivía antes por el barrio, verdad?

Kay asintió.

—En el 320. Sólo hace poco más de un año que he cambiado.

—¿Y qué tal van las cosas?

Ella asintió con un movimiento de cabeza que quería indicar que todo marchaba a la perfección, pese a aquellas pesquisas.

—Bien —replicó la patrona—. Si puedo hacer algo por ustedes...

Era una frase de cumplido; sin embargo, Alan atajó fríamente:

—Gracias por todo y perdone por la molestia.

Tomó a Kay del brazo y casi la arrastró fuera del pequeño vestíbulo de la entrada.

En la calle. Alan echó una ojeada alrededor.

Era, en verdad, un lugar bullicioso. En pleno mediodía los chiquillos correteaban por la soleada calle. Se percibía el inconfundible ruido del tráfico ciudadano, procedente de la esquina inmediata; los claxons de los coches, el constante runruneo de la gente al hablar vocingleros y con palabras no siempre bien sonantes.

El ir y venir de la misma gente; todo eso formando parte de un ambiente sórdido, barriobajero, pobre.

Como si Kay adivinara los pensamientos de Alan, murmuró:

—No crea que toda la gente que vive aquí es mala. Hay buenas personas.

El no replicó.

Cuando al fin llegaron de nuevo al coche para regresar al centro, mientras Alan abría la portezuela, Kay preguntó:

—¿Sigue pensando que yo tuve que ver con lo de su hermana?

Entraron en el coche.

Alan no replicó hasta que tuvo el motor en marcha y se alejaban de aquella calle.

—No sé, Kay. Usted parece una buena chica, pero yo necesito encontrar al asesino de mi hermana. Laura murió envenenada y no tenía el menor motivo para ser ella quien depositara el veneno en su propia taza de café.

—No, desde luego —murmuró ella.

Le miró con ternura, comprendiendo el sentir de aquel hombre que ahora se mostraba adusto, duro, dispuesto a llegar hasta el final derribando todos los obstáculos que sé interpusieran en su camino.

El viaje de regreso lo realizaron casi en completo silencio.

Más tarde, Alan dejaba a Kay cerca de su lugar de trabajo.

Antes de que ella bajara le entregó una tarjeta.

—Aquí tiene mis señas. Pertenecen a la notaría y a su domicilio particular. ¡Espere! —Tomó de nuevo la tarjeta y anotó una tercera dirección diciendo—: Es de la casa de la sierra. Guárdela y si descubre algo nuevo o recuerda cualquier otro detalle no vacile en comunicármelo de la forma más rápida.

—Descuide, Alan. Lo haré.

El la miró lamentando aquella situación, como si hubiese deseado conocer a aquella muchacha en otras circunstancias.

Quizá a ella también le estaba sucediendo lo mismo.

El joven no podía confiarse sin embargo. Se despidió de manera adusta.

—No olvide lo que le he dicho —repitió.

En su fuero interno no quería creer que aquella muchacha fuese culpable.

Kay se apeó del automóvil de Alan.

El la vio desaparecer entre la gente que regresaba a sus puestos de trabajo en aquella zona comercial de San Leandro.

Alan pensó en Kay. ¿Le había dicho la verdad?

¿Sus visitas al condenado a muerte habían sido sólo un favor hecho a una madre enferma y angustiada o acaso había algo más?

Antes de regresar a la casa de su tío William pasó por la notaría, que le había servido de excusa para alejarse aquella mañana de la casa de campo de tío William.

Encontró a Rex Stanton hablando con Eva.

—¡Alan! —saludó el detective privado.

—¡Hola, Rex! Acabo de hablar con Kay Simmons.

—¿Y qué?

—No sé qué pensar... Parece que todo ha sido una coincidencia.

Eva, su secretaria, escuchaba con marcado interés.

Alan añadió:

—Procura mantener vigilada a esta chica. Si ha mentido, ahora estará asustada y tal vez cometa algun error.

Rex se encogió de hombros dubitativamente:

—O tal vez ande con más cuidado. Piensa que ella entró a trabajar en la tienda bastante después de tu hermana. ¿Por qué precisamente en San Leandro?

—Sí... No deja de resultar sospechoso, pero no consigo encontrarle sentido... ¿Por qué vengarse de mi hermana? Éste es el quid de la cuestión.

—Hay criminales de muchas clases, Alan. Es difícil penetrar en su mente y saber por qué hacen las cosas.

—Haz lo que te he pedido, Rex. Yo debo volver a casa de tío William. Estoy intranquilo.

—¿Por qué?

—No lo sé, Rex, no lo sé. Es algo que flota en el ambiente. Presiento una amenaza... Es como algo que tuviera ante mis propios ojos y no supiera ver.

Alan se despidió de su secretaria y de Rex para salir a la calle, y de nuevo, montado en su automóvil, tomar el rumbo de la casa de su tío William.

Por el camino seguía pensando en Kay.

Era una muchacha bonita, y parecía apreciar de veras a Laura.

Alan pensó que o sabía fingir como una consumada actriz o decía la verdad, y por lo tanto todo había sido una mera coincidencia.

¿Lo había sido?

La duda continuaba atormentando la mente de Alan.

CAPÍTULO XIV

Steve Marsh regresaba de pasar el fin de semana en compañía de su «secretaria».

En la centralita telefónica de su oficina de Los Angeles le aguardaba el recado de que se dirigiera a la residencia de su tío William, en la sierra.

Pero Steve no fue a su oficina, sino que antes, después de dejar a su acompañante, pasó por su domicilio.

Alguien le aguardaba en el vestíbulo de la casa.

Le alcanzó antes de llegar a uno de los ascensores automáticos.

Era Harold.

El primo Harold Lever.

—¿Qué haces tú por Los Angeles? —exclamó Steve con aire cansado.

—Esperándote. Creí que no ibas a llegar nunca.

—¿Has venido expresamente de Frisco para hablar conmigo?

—Sí. Se trata de algo importante. Espero que me invites a subir a tu apartamento.

—¡No faltaría más, primo! Que no se diga que la familia se lleva mal.

Subieron en silencio hasta el piso doceavo.

Caminaron por el pasillo hasta la puerta marcada con el número 123.

Steve introdujo la llave en la cerradura y cedió el paso a Harold.

—Adelante. No puedo decir que estés en tu casa porque debo el alquiler de tres meses. Espero que no vengan a echarme en este momento.

—Mi situación no es mucho mejor que la tuya, pero nos parecemos en algo. A los dos nos gusta la buena vida... Y las chicas bonitas.

—Me pregunto cómo las conquistas, Harold... Y perdona mi

franqueza, pero deberías cuidar más esa línea. —Y al decirlo miró con aire burlón la figura gordezuela de su primo.

—No he venido para que me dieras consejos de estética. El pasaje del avión no lo regalan y tengo que volverme inmediatamente.

—Bien. Suelta todo lo que tengas que decir. Me caigo de sueño y quiero echar un sueño antes de ir por mi oficina.

—Se trata de nuestro tío William.

—¡Oh! ¿Es que ya se ha muerto? Esto nos iría muy bien... si es que no se ha olvidado de nosotros en su testamento.

—William está perfectamente, pero Alan llamó por teléfono dejando recado de que fuera a la casa de la sierra. Me dijo que tú irías también.

—Yo no sé nada.

—Debes tener el aviso en la oficina —replicó Harold.

—Es posible.

—Bien, Steve... Creo que es necesario que nos pongamos de acuerdo.

—¿Sobre qué?

—Yo necesito el dinero tanto como tú, pero creo que ninguno de los dos hemos hecho méritos como para que el viejo se haya acordado de nosotros a la hora de testar... Sin embargo, ahora quiere que vayamos.

—Bueno. Por mí encantado. Unos días de descanso nunca están de más.

—De eso quería hablarte.

—¿De qué hay que hablar?

—Ir allí es como ir a mendigar, y yo no acepto limosnas. No me gusta tampoco acatar las órdenes de nadie. Tío William no simpatiza con nosotros. Y ese llamamiento se me antoja como una prueba. Quiere burlarse de nosotros. Vernos pendientes de su dinero, y por mi parte no estoy dispuesto a servir de bufón de nadie. Tú deberías hacer lo mismo.

—¿Por qué?

—Para darle una lección. Para demostrarle que no nos interesa su dinero.

—A ti quizá no te importe, pero a mí sí, y sé que podemos mordisquear un buen bocado.

—¿A qué llamas tú un buen bocado? —inquirió Harold.

—Tengo mis informes. El viejo confió sus asuntos a la notaría donde trabaja tío Crosby y nuestro primo Alan.

—¿Y qué has sabido?

—¡Oh! Nada oficial, pero hablé con cierta persona y...

Hizo una pausa. Se levantó para servirse un *whisky* para sí y ofrecer otro a su primo, que aceptó.

Enseguida, continuó:

—Sé que su herencia la ha dividido en partes más o menos iguales para todos. Partes que se incrementarán si cualquiera de los herederos muriese antes que él.

Harold tomó un trago del *whisky* que acababa de servirle Steve y comentó:

—¿Leíste en los periódicos lo de Laura Crosby? Steve asintió:

—Sí. Una menos. Fue una lástima.

—Murió asesinada, según parece.

—Eso creo.

—Steve... Si lo que has dicho es cierto... —Y Harold se quedó unos instantes pensativo.

—¿Qué te pasa?

—Tal vez a Laura la asesinara uno de los posibles... herederos.

—¡Como no hayas sido! Yo vivo muy lejos y cuando se cometió ese crimen puedo asegurar con pruebas de que me hallaba en Los Angeles, y eso queda muy lejos de San Leandro Bay. Bastante más lejos que de Oackland.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

—Nada, querido primo, absolutamente nada. Al fin y al cabo has sido tú el que has venido a verme.

Harold dejó el vaso sobre una mesa. Se puso en pie y dio una vuelta por la confortable estancia.

—Steve... Nuestras madres aportaron dinero, parte de su dinero en los negocios de su hermano, nuestro tío William... Nosotros, por ley, tenemos derecho a una parte, sin esperar que él nos la otorgue como un favor... Por eso estoy aquí.

—Comprendo —replicó Steve—. Lo que tú pretendes es que después de su muerte nos liemos en uno de esos pleitos que sólo sirven para dar de comer a los abogados... Un pleito que sólo termina cuando se agotó el dinero que está en juego y entonces

nadie sale beneficiado. No, primo. Si tú quieres hacerlo, hazlo. Por mi parte me conformaré con lo que el viejo haya dispuesto dejarme. Necesito dinero y cualquiera que llegue a mis manos, te aseguro que será bienvenido.

—¿No quieres pleitear? —inquirió Harold con fiereza.

—No.

—Ya veo que he hecho el viaje en vano.

—Hazlo tú. Yo no te lo impido.

—Tal vez, Steve. Tal vez, pero pensé que te interesaría el asunto.

—Ya ves que no.

—Entonces hasta... algún día. Yo sigo decidido a no acudir a esa reunión de familia.

Steve se encogió de hombros.

Harold sin más que decir se encaminó hacia la puerta.

—No te molestes en acompañarme. Encontraré la salida.

Y se alejó dejando a Steve con el vaso de *whisky* en la mano y una expresión enigmática en su rostro.

Aquella tarde, cuando Steve Marsh salía de la oficina con su secretaria y ambos subieron al coche, ella murmuró:

—Steve. Deberías tomarte la vida más en serio.

El puso en marcha el motor y murmuró:

—¿Crees que soy poco serio saliendo contigo?

—¡Oh, atiéndeme, Steve, por favor!

El auto había arrancado, conduciéndose entre el tráfico del centro de la ciudad.

De pronto, tras ellos, surgió una voz suave pero imperativa a la vez:

La voz de un hombre que había permanecido oculto en el asiento trasero del vehículo:

—Tuerzan a la izquierda. No se vuelvan. Les estoy encañonando con un revólver. Cualquier tontería que hagan será la última de su vida...

Y Steve sintió el duro contacto del cañón de un arma automática pegada en su nuca.

Tuvo que obedecer las instrucciones del anónimo ocupante del auto.

—Siga mis instrucciones —previno el hombre que hablaba desde

la oscuridad del asiento trasero.

Al cabo de un rato y siempre siguiendo las instrucciones del hombre del revólver, cruzaron la Hollywood Freeway, siguiendo la de Pasadena, doblando a la derecha por el Adams Boulevard en dirección a Santa Mónica.

Llevaban la ruta que conduce hacia la costa.

Al llegar a la Ocean Avenue, el hombre del revólver obligó a Steve a seguir en dirección oeste.

Steve intentaba averiguar quién era su anónimo agresor, o al menos agresor en potencia.

El otro seguía en la impunidad. A la espalda de ambos no permitía que ninguno de los dos se volviese.

Por otra parte, estaba situado de modo que Steve tampoco podía verle a través del retrovisor.

Hablaba en voz muy baja por lo que, aunque fuese persona conocida, habría resultado bastante difícil conocerle por su modo de hablar.

Era como una sombra aparecida de pronto. Algo intangible, pero real al mismo tiempo.

Se acercaban a Topanga Beach, por la Pacific Coast, Steve murmuró:

—Si lo qué busca es dinero, puedo asegurarle que no se hará muy rico atracándome.

El misterioso pasajero no respondió.

Seguía manteniendo su mano enguantada con el revólver bien sujeto a la altura de la nuca del conductor.

El sempiterno optimismo de Steve se fue extinguiendo a medida que llegaban a la zona más despoblada.

Topanga, en otoño, era un lugar poco menos que desierto.

Dejaron la playa y la carretera seguía por una rampa hacia los acantilados costeros.

—¿Dónde pretende llevamos? —inquirió Steve.

A su lado, su secretaria parecía mucho más asustada y ni siquiera se atrevía a hablar.

El viaje todavía continuó por espacio de unos kilómetros.

Al llegar a una curva, y en un punto donde la carretera alcanzaba ya una altura considerable sobre la costa, el hombre del revólver ordenó a Steve:

—Ahora deténgase. No apague los faros.

Steve obedeció.

Apenas el coche estuvo frenado, el hombre que hasta entonces le había obligado a llevar aquel camino, hizo un rápido movimiento con la mano que mantenía armada y su revólver cayó como un alud sobre la nuca de Steve.

El joven quedó totalmente inconsciente mientras ella —su secretaria— lanzaba un alarido de terror.

Inmediatamente, cuando quiso volverse, sólo pudo ver una mano que bajaba veloz.

Sintió un tremendo golpe en el rostro, y hasta tuvo noción de que la faz se le llenaba de un líquido viscoso, caliente.

Era sangre, su propia sangre...

Después todo oscureció a su alrededor.

Steve y su secretaria quedaron totalmente inconscientes.

Apoyados uno contra el otro, sin sentido de la realidad, estaban, a merced del hombre que en aquellos momentos salía del auto, cerraba bien la puerta trasera y abriendo la delantera, desfrenaba el vehículo.

Volvió a cerrar la puerta de delante: y colocándose detrás, del comenzó a empujar para llevarlo, hasta el borde del acantilado.

Antes de dar el último y definitivo empujón, miró alrededor para cerciorarse de que no cruzaba ningún, vehículo.

Empujó con fuerza y al llegar a la suave pendiente cuesta abajo, el automóvil, por la inercia, tomó velocidad hasta despeñarse por el acantilado.

En lo alto, el asesino observó cómo el vehículo rebotaba entre las rocas hasta perderse en la oscuridad.

El estallido del motor, puso punto final.

Steve y su secretaria habían muerto sin darse cuenta.

El criminal cruzó la carretera, perdiéndose por el lado opuesto, protegido por una amplia zona cubierta de vegetación.

CAPÍTULO XV

Alan supo lo ocurrido al escuchar el boletín informativo de las noticias más destacadas del Estado.

Ocultó el hecho a su tío William y a su propio padre y resolvió regresar a San Francisco.

Desde uno de los amplios ventanales del gran salón, vio regresar a Peter, que había pasado todo el día ausente.

Peter iba en un coche bastante polvoriento que encerró en el garaje.

Alan recordaba las palabras del locutor al dar la noticia del accidente en el que perdió la vida Steve y su acompañante.

«Tras las primeras averiguaciones la policía ha establecido que no se trata de un accidente como aparentaba a simple vista, puesto que se ha descubierto que las dos víctimas habían sido golpeadas antes de que el automóvil se despeñara. Por lo tanto se trata de un crimen».

Alan salió de la casa casi al mismo tiempo que Peter salía del garaje con un periódico en la mano.

—¡Peter! —llamó Alan.

—Buenos días, señor —saludó el criado con una forzada sonrisa.

—¿Es de San Francisco este periódico?

—Sí. He estado haciendo unos encargos para su señor tío.

Steve hizo un ademán indicativo de que le dejara el diario.

Peter se lo entregó.

Alan buscó la última hora de los sucesos, donde pudo comprobar la nota escueta de lo ocurrido.

Peter murmuró:

—Una gran desgracia, ¿verdad?

—¿Lo ha leído usted, Peter?

—Casualmente mientras tomaba café.

«Casualmente» —se repitió para sí Alan.

Pensó también que Peter había pasado todo el día anterior ausente. Había tenido tiempo de ir a Los Angeles y regresar. Dispuso para ello de todo un día y una noche.

Se fijó en él.

Su aspecto aunque aparentase —o tratara de aparentar— normal, era el de un hombre fatigado.

Le devolvió el periódico.

—Ni una palabra a mi tío, ni a mi padre.

—Comprendo, señor. No pensaba decirlo, de todos modos.

—Voy a San Francisco. Si preguntan por mí, diga que he recibido una llamada urgente de la notaría.

—Lo haré como usted dice, señor...

Alan hizo intención de dirigirse hacia el garaje.

Se volvió todavía para añadir:

—Peter. Usted sabe que mi tío William confió su testamento a nuestra notaría.

—Sí, señor...

—Las últimas voluntades son secretas. Sólo las conoce el interesado y el notario.

—Sí, señor —repitió el criado arqueando las cejas en actitud un tanto sorprendida.

—Ya... Recuerde lo que le he dicho —concluyó Alan alejándose definitivamente hacia el garaje.

Poco después, cuando conducía en dirección a San Francisco, pensaba en el testamento de tío William.

El mismo había redactado sus últimas voluntades y por ello sabía perfectamente la distribución del dinero.

Peter, el criado, tenía una buena parte, igual que Nayla, la doncella.

Desde su despacho llamó varias veces a Rex sin conseguir entablar comunicación con él.

—¿No sabes dónde puedo localizarle, Eva?

—No. Hace tres días que no viene por aquí y me tiene un poco preocupada.

—¿Por qué? —preguntó Alan a su secretaria.

—No sé. Creo que anda detrás de un asunto peligroso.

—¿Qué asunto?

—No ha querido hablarme de él, pero presiento que es algo

importante.

—¿Está relacionado con lo de mi hermana?

Ella negó con la cabeza.

—No lo sé, pero... ¿Es que ocurre algo?

—Tampoco lo sé todavía, pero en el periódico ha aparecido cierta noticia... Tal vez sea casualidad, pero...

Sacó el periódico que le había entregado y lo desdobló por la página donde se anunciaba la muerte violenta de Steve en unión de su secretaria en la carretera de la costa, cerca de Los Angeles.

—¿Steve Marsh...? —murmuró ella.

—Es mi primo.

—¿Un accidente?

—En el periódico sólo pone esto. Es una noticia de última hora, pero esta mañana en el boletín de noticias he escuchado que se trata de un asesinato. Steve y esa chica fueron golpeados antes de que el auto se despeñara.

—¡Oh!

Alan continuó:

—Steve es uno de los herederos de tío Willy. ¿Comprendes, Eva?

—Yo pensaba que...

—Sí. Lo de la venganza por lo del asunto Sttaford. Por eso quería hablar con Rex... Tal vez esté equivocado y aquello solo se trate de una coincidencia. —Se puso en pie y añadió—: Si Rex vuelve o te llama dile que le ando buscando, que me indique un sitio donde encontrarle. Yo entre tanto voy a ver al teniente Rattigan.

La secretaria asintió y Alan, antes de salir de la notaría, sacó de los archivos un expediente.

Lo dejó sobre la mesa.

Era una carpeta con documentos donde podía leerse:

«William Crosby.

»Testamento».

Sí. Era la última voluntad de su tío Willy expresada en aquellos papeles oficiales.

Alan leyó una parte de la copia. La que le interesaba.

«... Y en caso de la muerte de cualquiera de mis

legítimos herederos, su parte será repartida entre los restantes, siguiendo la escala que yo mismo he redactado...».

Algo más abajo, hacía mención a los criados.

«... A Peter, que me ha sido fiel siempre, que me ha atendido en las penosas horas de mi enfermedad, le lego la cantidad de...».

Hablaba también de Nayla.

Y por fin un punto muy importante:

«... Si, en el improbable caso de que yo falleciera después de mis familiares, todo cuanto poseo quedaría repartido a partes iguales entre mi criado Peter y mi doncella Nayla, si aún estuvieran a mi servicio».

Concluía diciendo:

«De no quedar herederos, que mi dinero, posesiones y cuántos bienes poseo sean entregados a la Fundación Benéfica Taylor, para proseguir su meritoria obra de rehabilitación de los inadaptados. Y ésta es mi voluntad expresa que firmo de mi puño y letra...».

Alan volvió a dejar las copias en su sitio y guardó la carpeta.

No había leído nada nuevo, pero quiso comprobar aquellos puntos que tan importantes podían ser.

Peter no sólo no quedaba descartado, sino que de morir todos los herederos partiría la herencia con Nayla, de hallarse ésta al servicio de tío Willy, al producirse la muerte de éste.

Por tanto Peter no quedaba totalmente descartado como asesino.

Pensando en ello, dio el encendido a su automóvil para dirigirse a la central de homicidios.

CAPÍTULO XVI

El teniente Rattigan exclamó:

—Precisamente quería hablar con usted.

—Yo también —repuso Alan—. Es a propósito de este nuevo asesinato en Los Angeles.

—¿Asesinato? —inquirió el policía arqueando las cejas.

—Un asesinato disfrazado de accidente en la persona de mi primo Steve Marsh.

—¿Steve Marsh...?

Alan le mostró el periódico, añadiendo lo que aquella misma mañana había oído en el boletín de noticias.

—¡Oh! ¿Y ese Marsh... tiene algo que ver...?

—Es primo mío. Hijo de una hermana de mi padre y de tío William.

El policía se quedó pensativo.

—¿Qué puede ganar el asesino con estas muertes? ¿Es acaso una cuestión de dinero?

Alan le explicó todo lo que hacía referencia al caso, omitiendo la última voluntad de su tío por hallarse dentro del más estricto secreto del protocolo notarial.

—Debió advertírmelo antes —replicó Rattigan.

—Es que hay más todavía, teniente —adujo Alan.

—¿De qué se trata?

El joven le habló de que cabía la posibilidad de que se tratara de dos asuntos distintos, aludiendo a la amenaza del condenado Paul Stafford, ejecutado tres años antes.

—¿Por qué no habló de ello antes? Las investigaciones corren de nuestra cuenta. Los ciudadanos pagan parte de sus impuestos para ello, señor Crosby.

—Tengo derecho a...

El policía le atajó:

—Sí, sí. Tiene usted todos los derechos que quiera, señor Crosby, pero nosotros disponemos de los medios necesarios. Comprendo que está impaciente por descubrir al asesino de su hermana, pero un paso al falso puede poner en guardia a nuestro hombre y estropear con ello toda la labor.

Se hizo un breve silencio que Alan interrumpió para preguntar:

—Antes dijo que quería verme, teniente. ¿Por qué?

—Por nada. Usted mismo acaba de decírmelo.

—¿Eh?

—Sí. Quería preguntarle si en la notaría existía algún asunto que hubiese podido dar lugar a una venganza...

—¡Teniente! —replicó Alan—. Cuando asesinaron a Laura, yo no pensaba ni remotamente en la herencia del hermano de mi padre.

—Bien, señor Crosby, ahora tendré que rogarle que me dé el nombre de los beneficiarios de esa herencia... Comprendo que este asunto ustedes lo llevan en el máximo secreto, pero estoy seguro de que debe conocer a todos los que van a participar del dinero de su tío cuando éste fallezca.

Alan dudó.

—Le guardaré el secreto, señor Crosby. Piense que con ello únicamente intento acelerar la resolución del caso.

Alan guardó silencio unos instantes.

Él policía añadió todavía:

—Su propio tío puede estar en peligro, y también los demás, incluidos su padre y usted mismo.

Alan asintió.

Si no se trataba de una venganza por el asunto Sttaford, todos podían estar corriendo un grave peligro. Sí. Incluso él mismo.

CAPÍTULO XVII

Cuando Alan regresó a la oficina, Eva tenía dos recados para él.

—Ha llamado una mujer llamada Kay Simmons.

—¡La compañera de Laura! ¿Ha dicho qué era lo que quería?

—Hablar contigo. Dijo que era algo que tal vez podía interesarte.

—Bien. Iré enseguida.

La secretaria le dio el segundo recado.

—Rex ha llamado también. Le he dicho que querías localizarle y me ha dicho que iría a almorzar al club de California Street. Dijo que tú ya sabías dónde estaba.

—Gracias, Eva.

—¿Has podido averiguar algo? —inquirió ella.

—No. De momento nada...

Entonces, casualmente, los ojos de Alan se posaron en un estuche de terciopelo que estaba sobre la mesa.

Ella sonrió.

—Es... es para Rex —sonrió—. Un regalo. Una pitillera.

—¡Oh! ¿Por fin...?

—Sí, Alan. Voy a aceptar sus proposiciones. Te lo hubiese dicho, pero pensé que éste no era el mejor momento.

—Felicidades, Eva —replicó él abandonando la oficina.

Alan detuvo el coche en la tienda de objetos de regalo, en San Leandro y entró rápidamente.

Kay terminó de despachar a una pareja y al quedar sola, él inquirió:

—¿Qué es lo que quería decirme?

—Tal vez no tenga ninguna importancia, pero he estado recapacitando. Usted me dijo que cualquier cosa que recordara, por trivial que me pareciese se lo comunicara.

—Exacto...

—Se trata de aquella tarde.

—Hable.

Entró otra cliente y ella tuvo que interrumpir la charla.

—Ahora va a ser difícil. Si pudiera esperar a que cerrara.

—No —replicó él—. Alguien me espera a la hora del almuerzo.

—Esta tarde tal vez.

—Despache a esa cliente. Esperaré.

Kay asintió para dedicar su atención a la empalagosa mujer que no acababa de decidirse por el objeto que deseaba comprar.

Alan se consumía de impaciencia.

Kay le lanzaba miradas de súplica.

Al fin la cliente abandonó la tienda y la joven volvió con Alan.

—Hable deprisa antes de que otra pelmaza como ésa nos interrumpa, Kay.

—Fue poco antes de cerrar la tienda —murmuró ella refiriéndose a la tarde del asesinato de Laura.

—¿Qué ocurrió?

—Es algo que me ha venido repentinamente a la memoria y repito que tal vez carezca de importancia y todo sea fruto de mi imaginación, pero si de algo estoy segura es de que su hermana parecía encontrarse perfectamente. Había pasado un día absolutamente normal.

El la atajó:

—Recuerdo que usted me dijo que a última hora parecía bastante nerviosa y que hasta rompió un jarrón.

—Sí... Fue cuando despachaba a aquel cliente.

—¿Qué cliente?

—Faltaba poco para cerrar cuando entró aquel hombre.

—¿Un hombre?

Kay asintió.

—Yo estaba colocando en orden algunas cosas y ella repasaba las ventas. Lo hacíamos un día cada una.

—Siga. ¿Qué hay de ese hombre?

—No me fijé demasiado en él. Entró y se dirigió a su hermana. Creo que compró un cenicero.

—¿Y qué?

—No sé... Pero me parece que fue a partir de aquel momento

que su hermana comenzó a mostrarse nerviosa.

—¿Se fijó si aquel hombre se limitaba a comprar únicamente?

Kay pareció no entender la pregunta y Alan aclaró:

—Quiero decir si ese cliente estuvo hablando con Laura al margen de la compra.

—No lo sé. Hablaba en voz baja y no pude escuchar lo que decían. Por otra parte, no me interesaba. Yo estaba segura de que se trataba de un cliente como otro cualquiera.

—Sin embargo, dice que mi hermana a partir de ese momento se mostró nerviosa.

—Yo diría que sí: Fue cuando rompió el jarrón.

—¿Puede describirme a ese hombre? —preguntó Alan.

—Pues... sólo le vi de perfil. Era de estatura normal, más bien alto. Vestía con elegancia. Llevaba sombrero bastante echado hacia el rostro... Alguna vez alcé la mirada y recuerdo que él parecía como si quisiera evitar que le vieran.

—¿En qué se basa?

—No sé... Ya le he dicho que a lo mejor todo son suposiciones mías... En realidad ni siquiera me había acordado de ello, pero ahora...

—Continúe, Kay, por favor —pidió él.

La dependienta continuó:

—Hay poco que añadir, únicamente que me pareció que el cliente, mientras Laura buscaba el cenicero, se ponía deliberadamente de espaldas a nosotras.

—Entonces sólo sabe que es un hombre alto, que viste con elegancia y usa sombrero.

—Sí.

Alan pensó que como descripción no era mucho, pero por lo menos significaba que alguien —siempre según Kay— había llegado poco antes de cerrar y parecía que su presencia había puesto nerviosa a su hermana.

Ahora faltaba saber una cosa. La más importante. ¿Quién era aquel hombre?

CAPÍTULO XVIII

—¿Y esa dependienta, Kay Simmons no ha podido darte más señas del hombre al que despachó tu hermana el mismo día que la mataron? —preguntó Rex, poco después, mientras almorzaba en compañía de Alan.

—No.

—¿Crees de veras que puede tener algo que ver con el crimen?

—No sé... Pero jesuita bastante significativo que Laura se pusiera nerviosa precisamente cuando entró ese misterioso cliente en la tienda.

Rex pensó unos instantes.

—¿Y no será un ardid de Kay para desviar de sí toda posible sospecha?

—Tú sigues pensando que ella tuvo algo que ver, ¿eh? —adujo Alan, tras un silencio.

—No sé. Puedo estar equivocado. Sin embargo, lo de la herencia me parece menos probable. Sólo quedaría un sospechoso. Muerto Steve Marsh, únicamente queda Harold Lever. Tú mismo me lo has dicho hace poco.

—Está también Peter, ese criado... Es un tipo extraño. Me gustaría que le vieras.

—¿Y has hablado de ello con la policía?

—Sí.

—Bueno. Supongo que ahora os someterán a todos a una estricta vigilancia. No te asombres que tú también te encuentres con un sujeto a tu espalda que no te pierde de vista.

—¿Yo?

—Amigo mío, en nuestro país todo el mundo es inocente hasta que se demuestra lo contrario, pero ello no es óbice para que la policía sospeche de todo el mundo. En fin, por mi parte seguiré investigando.

—Gracias, Rex. Creo que no estaría de más que te dedicaras a Harold Lever. Es el único pariente que queda. De Peter, el criado, me ocuparé yo mismo.

—¿Seguirás en la mansión de tu tío?

—Si no ocurre nada nuevo, sí. Papá parece haberse recuperado un poco. No mucho, pero habla más. La compañía de tío Willy le ha sido beneficiosa...

—¿Y qué excusa has dado esta mañana para irte?

—Le dije a Peter que les dijera que habían llamado de la notaría.

—¿Y ellos dónde estaban?

—Fueron a cazar.

—Pero..., ¿no está inválido tu tío?

—Mi padre conducía el coche, aunque tío Willy puede hacerlo también. En realidad no es un impedido.

—¡Cazar desde un coche! —exclamó Rex—. No está mal. Siempre se saben cosas nuevas. Bueno. En lo referente a Harold Lever, descuida. Tú me das las señas y desde hoy mismo me convertiré en su propia sombra.

Se despidieron.

Alan regresó aquella misma tarde a la posesión de su tío Willy en la sierra.

Allí le esperaba otra mala noticia.

Peter, frío y circunspecto, asintió con la cabeza.

—Fueron encontrados por unos turistas. Avisé inmediatamente al doctor, pero nada se pudo hacer.

Alan miró con dureza al criado.

—¡Muertos! Muertos los dos.

El criado se mantuvo rígido.

Sus labios apenas se movieron cuando murmuró:

—Una tragedia, señor. Una auténtica tragedia.

—¿Dónde ocurrió?

—En un desvío de la carretera comarcal. Hay algunos árboles que bordean el sendero. Es un lugar excelente para practicar la caza. Yo había acompañado a su tío en algunas ocasiones... —Hizo una pausa para añadir—: Se ve que sufrieron un despiste. Es casi incomprensible... —Otra pausa para concluir—: El coche chocó contra uno de los árboles. Vivieron todavía unos instantes, pero nada pudo hacerse... De haber recibido auxilio con más presteza...,

pero aquél es un lugar muy solitario. De no ser por esos turistas todavía no les habríamos encontrado.

Alan, silencioso, subió hasta el primer piso.

Nayla, la joven doncella, lloraba en silencio sentada en una silla del corredor, contigua a la puerta de la habitación de William Crosby.

El médico salía en aquellos instantes.

Alan le interrogó con la mirada.

—Lo siento... Su corazón estaba muy débil, cualquier día tenía que suceder. El accidente no ha hecho otra cosa que acelerar lo que desgraciadamente ya no podía tardar.

—¿Está seguro de que ha sido un accidente?

La pregunta de Alan fue directa, sin ambages. El médico de tío William se mostró sorprendido.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que he dicho, doctor. ¿Fue realmente un accidente? ¿No recibieron ningún golpe previamente, antes de chocar contra el árbol?

—No... Al menos no lo creo así. Pero si tiene alguna duda podemos avisar a la policía. La autopsia revelará lo que sea.

—¿Y mi padre?

—Murió, según parece, al clavársele el volante en el pecho. La violencia del choque lo rompió y... Es un accidente bastante corriente.

—¿Y nadie avisó a la policía?

—Les recogieron con vida todavía. Aquí no hay ningún hospital. San Francisco queda demasiado lejos y, por lo visto, su padre de usted mencionó esta casa. Por eso les trajeron aquí.

—¿Sabe si dijo algo más?

—No.

—¿Y esos turistas? ¿Dónde están?

—Se hospedan en el parador El Ciervo. Son canadienses.

—Espere un momento, doctor.

Alan entró un momento en la habitación de su padre.

Parecía hallarse durmiendo. Sin embargo estaba muerto.

¿Había sido realmente un accidente?

Entró después a la estancia donde su tío Willy descansaba ya para toda la eternidad.

Inmóvil, con los ojos cerrados para siempre, también parecía dormido.

Fuera, en el corredor, se escapaban los sollozos de la joven Nayla.

Alan salió.

La muchacha sé levantó, murmurando:

—Lo siento..., Ha sido horrible..., horrible. Yo... yo no podía creerlo. El señor era tan bueno... Nunca me regañó para nada. Y ahora, parecía tan feliz... Creo que la presencia de su padre le había mejorado. Aquí estaba muy solo.

Alan la tomó ligeramente por los hombros.

—Cálmese. Vaya a descansar un rato si quiere. Yo voy a salir con el doctor.

—¿Me necesita para algo?

—De momento, no. Quiero hablar con esos turistas. Luego iré — a la policía.

—Tenga que informar de todos rondas. En los casos de muerte por accidente es imprescindible.

Peco después ambos salían de la casa.

CAPÍTULO XIX

La segunda vez que Alan visitó a los turistas canadienses lo hizo acompañado de la policía local.

El jefe y un ayudante hicieron unas preguntas a la familia extranjera, que confirmaron la forma, en que fueron encontrados los cuerpos de los accidentados.

Hicieron hincapié en que ambos vivían todavía.

El accidente había sido reciente y uno de los heridos dio el domicilio de la mansión de William Crosby y por ello los llevaron hasta allí.

La familia, compuesta por un matrimonio y un hijo de unos quince años, siguió respondiendo a las preguntas.

Sí. Ellos estuvieron en la casa, junto al criado y la doncella.

Y fue Peter el que había llamado al doctor con la máxima urgencia.

Alan, incisivo, quiso saber:

—¿El criado se quedó solo alguna vez con los accidentados?

No pudieron responder concretamente a la pregunta.

Nayla lloraba desconsoladamente y ellos iban de una habitación a otra intentando hacer algo, mientras esperaban la llegada del doctor.

«Sin embargo —había dicho el hombre—, era posible que Peter se quedara solo con cualquiera de los dos en algún momento determinado, mientras duró la espera del médico».

Era ya de noche cuando llegó el teniente Rattigan con autorización especial para tomar parte en la investigación.

Alan esperaba con impaciencia el resultado de la autopsia.

Rattigan, a solas en el amplio salón de la casona y después de haber dado una ojeada por toda la vivienda, murmuró:

—Ya no tiene objeto de que siga aquí.

—Si me lo permite, Rattigan, yo decidiré lo que debo hacer.

—Como usted guste. ¿Qué espera probar?

—Primero quiero que se me comunique el resultado de la autopsia.

—Cree que han sido asesinados, ¿eh?

—Sí.

—¿Y espera que el asesino regrese?

—Quedan dos hombres interesados... Peter y Harold Lever.

—Se olvida de alguien más... —sonrió el policía.

—¿Qué está insinuando...? —preguntó Alan, fuera de sí—. ¿Acaso piensa que yo...?

—No sea quisquilloso, señor Crosby. No me refería a usted, sino a esa chica, la desconocida doncella. ¿Cómo se llama? ¡Ah, sí...! Nayla.

—¿Nayla?

—Bueno... Una vez todos muertos, exceptuando al asesino, la herencia será indivisible.

Alan quedó pensativo.

Luego murmuró:

—No. Ella, no. Esto es obra de un hombre... —Y pensó en lo que le había dicho Kay Simmons aquella misma mañana.

Rattigan se despidió.

Al llegar a la puerta, acompañado de Alan, se volvió para decir:

—Tenga cuidado. Usted podría ser la próxima víctima.

—No me importa servir de cebo, si con ello descubro al asesino de mi padre, de mi hermana y de mi tío... —Luego, con una brusca transición, añadió—: Cuando sepa el resultado de la autopsia, no se olvide de informarme.

Rattigan asintió, dejando a Alan sólo en la casa.

Sólo... con Peter y Nayla.

El criado apareció tras él y con su voz servicial, que desdecía de su habitual actitud fría, preguntó:

—¿Quiere que le sirva algo?

—No.

—¿No cenará?

—Se me ha pasado el apetito.

—Lo comprendo, señor.

—Puede acostarse, si quiere. Y diga a Nayla que lo haga también. Y no se olviden de cerrar todas las puertas.

—Lo hacemos siempre, señor —replicó Peter, e inmediatamente dio la vuelta y desapareció hacia las dependencias de servicio.

CAPÍTULO XX

Estaba solo.

Sólo en la oscuridad.

En la casa se respiraba un absoluto silencio.

¿Acaso el asesino se hallaba bajo el mismo techo?

Con una pistola que había tomado del armero, se sentó en uno de los sillones del salón y esperó.

Rattigan tardaría todavía en llamarle.

Habían trasladado los cadáveres a San Francisco para la práctica de la autopsia.

Alan no tenía sueño. Esperaba.

Esperaba no sólo la llamada, sino algo más.

Tenía como el presentimiento de que el asesino no había concluido todavía su obra.

Pensó en Rex Stanton.

Se dijo que estaría siguiendo a Harold, otro de los probables sospechosos, y no se equivocaba, sólo que...

Rex esperaba dentro de su automóvil frente a la puerta de un restaurante del barrio chino.

Consultó el reloj y decidió abandonar el coche para entrar dentro del repleto local.

Era uno de esos sitios populares, conocidos de toda la ciudad.

Nadie en San Francisco ignoraba el emplazamiento del Ojo de Dragón.

Dentro estaba Harold Lever, acompañado, de una mujer.

Estaban cenando.

—Allí está otra vez ese hombre —murmuró él viéndole a través de un espejo.

La mujer que estaba con él se volvió hacia el espejo. Rex se había vuelto de espaldas.

—¿Por qué cree que le sigue? —inquirió ella.

Harold miró fijamente a la muchacha.

—Quizá tú puedas decírmelo, preciosa.

—¿Yo...?

—¿Por qué crees que he salido contigo?

—No sé. Usted me dijo...

—Basta de fingimientos. Laura Crosby murió asesinada. Steve Marsh ha muerto también, pero todo empezó en la tienda donde trabajabas...

El rostro de la joven mostró un total desconcierto.

A Alan le habría sorprendido ver a aquella muchacha en compañía de Harold.

Porque ella era... Kay Simmons.

En la misma hora, en la mansión del ya difunto William Crosby, Alan había decidido ir a su habitación.

Sin encender ninguna luz, salió del salón para subir la escalera que conducía a la planta superior.

La luz de la luna se filtraba por los ventanales y su resplandor bastaba para iluminar el interior de la casa.

Los muebles y demás objetos adquirían formas fantasmagóricas al ser proyectadas sus sombras contra las paredes.

Afuera soplabla una ligera brisa.

Las ramas de los árboles batían unas contra otras, y algunas de las hojas caídas dentro de los alcorques revoloteaban levemente.

Aparte del rumor del suave viento no había otro ruido.

Sin embargo, Alan se detuvo en mitad de la escalera.

Había creído oír un sonido distinto al producido por el viento.

Se quedó escuchando.

Con la respiración contenida y los sentidos en tensión aguardó.

De nuevo silbó ligeramente el aire en el exterior.

Las ramas de los árboles, al moverse, hacían mover sus sombras proyectadas hacia el interior de la casa.

Alan siguió escuchando.

Tenía la sensación de que no se hallaba solo.

Entonces escuchó claramente el sonido de una puerta al cerrarse.

¡En la cocina!

Sí. El sonido procedía de la cocina.

Alguien se movía furtivamente.

Ignoraba si la persona que se hallaba en la casa acababa de entrar o acaso de salir.

Bajó los peldaños de puntillas, y siempre procurando que sus pisadas no le delataran, cruzó el salón y se dirigió hacia el corredor que comunicaba con la puerta de la cocina.

Esperó antes de entrar.

Silencio.

Sin embargo, «sabía» que allí había alguien.

El leve gemido de una respiración contenida le previno.

Su mano derecha se aferró al revólver que guardaba en el bolsillo de su chaqueta.

No había luz bajo la puerta, lo cual indicaba que la persona que estaba al otro lado, permanecía a oscuras.

La zurda de Alan avanzó hacia el pomo, para abrir lentamente la mampara de madera.

Lo hizo girar suavemente y cuando el pestillo estuvo libre esperó unos instantes antes de empujar.

Dentro reinaba otra vez el más absoluto silencio.

Pensó que posiblemente estarían aguardando que él entrase, y se dijo que toda precaución era poca.

Pensó en el conmutador de la luz. ¿Dónde se hallaba?

Recordó que abriendo la puerta, el interruptor estaba en la parte izquierda.

Empujó decidido y su mano avanzó hacia el interruptor dispuesto a encender.

En aquel mismo instante una voz a su espalda le conminó:

—¡Quieto! No haga el menor movimiento.

La orden iba acompañada del contacto del cañón de un revólver apoyado contra sus riñones.

Alan, cuya preparación física no era fruto de la casualidad, puso en práctica una de las primeras enseñanzas aprendidas en el gimnasio durante las clases de judo.

Su codo izquierdo salió disparado hacia atrás, al tiempo que se revolvía rápidamente y con la diestra —en la que empuñaba el revólver— intentaba golpear el rostro de su enemigo.

Sin embargo, su misterioso antagonista, demostró ser, a su vez, otro técnico en aquella clase de lucha y aunque el golpe de Alan le

había hecho perder el arma, supo esquivar y golpear de modo que Alan soltera también la suya.

En la oscuridad, dos siluetas quedaron frente a frente dispuestas a saltar una sobre la otra.

Alan hizo un amago y el misterioso visitante de la casa se dispuso a contraatacar.

Rápidamente, Alan se revolvió y asiendo el brazo de su enemigo le volteó sobre su espalda.

El otro cayó al suelo lanzando una exclamación.

Para otro cualquiera no iniciado en el arte de la defensa personal, aquella caída hubiera revestido serias consecuencias, pero no fue así.

Se levantó rápidamente y se lanzó contra él.

Alan, prevenido, se hizo a un lado y se apresuró a golpearle en la nuca con el dorso de la mano.

El golpe, ligeramente tardío, no consiguió el efecto demoledor que Alan esperaba y el golpeado, desde el suelo, se precipitó hacia el revólver que se hallaba a escasa distancia.

La débil claridad de la estancia que se filtraba por los cristales de la puerta de la cocina, permitió a Alan ver la maniobra de su antagonista y saltó sobre él para impedirle recoger el arma.

Durante unos instantes arribos hombres rodaron por el suelo, en un abrazo.

Ninguno de los dos quería soltar al otro.

Cuando se apartaron suficientemente de la pistola, Alan se incorporó rápidamente y su enemigo hizo lo propio.

Alan, sin embargo, pudo conectar un buen golpe carente de técnica, pero muy eficaz.

El Otro, alcanzado en pleno mentón, cayó de espaldas contra la mesa y seguidamente resbaló hasta dar con sus huesos contra el suelo.

En aquel instante se encendió la luz.

La cocina quedó iluminada por completo y Alan parpadeó.

En la misma entrada se hallaba el teniente Rattigan y dos agentes de la brigada local.

Uno de ellos había dado con el conmutador de la entrada.

Alan mostró su sorpresa, mientras en el suelo el hombre con el que había estado luchando se incorporó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él policía.

Alan iba a hablar, pero el que se estaba incorporando intervino antes que él para decir:

—Entró sin encender la luz y yo traté de averiguar quién era, cuando me golpeó.

—¿Qué significa...? —empezó Alan.

Rattigan se encargó de efectuar las presentaciones.

—Es el agente Homer.

—¿Policía? —inquirió Alan con evidente sorpresa.

—Sí —asintió el teniente.

—No sabía...

—Rogué que vigilaran la casa, por pura precaución, señor Crosby. Lo hice en su propio beneficio.

Alan se volvió hacia el hombre con el que había sostenido aquella lucha en la oscuridad.

—Lo siento... Pero ¿cómo ha podido entrar?

El agente, limpiándose un hilillo de sangre que manaba de su barbilla, respondió:

—Comprobé si las puertas estaban cerradas y vi que ésta permanecía abierta...

—Ordené que las cerraran todas —atajó Alan.

—Pues ésta estaba abierta —insistió el agente de paisano—. Y antes me había parecido oír algún ruido.

—Era yo.

—¿Andaba a oscuras? —interrogó Rattigan.

—Sí. Me dirigía a mi dormitorio para esperar su llamada telefónica —replicó Alan.

—Bueno... Parece que todo queda explicado.

—Pega usted muy duro, amigo —murmuró el agente.

—Usted tampoco es manco —adujo Alan.

—Lo siento... El verle entrar sin encender la luz y evitando hacer ruido, despertó mis sospechas.

Alan no replicó. Le interesaba más saber otra cosa, y dirigiéndose al teniente, inquirió:

—¿Qué hay de la autopsia? ¿Se sabe algo?

—Sí, Crosby —respondió el policía—. Hace menos de diez minutos acabo de recibir una llamada de San Francisco.

—Entonces... ¿Fue realmente un accidente? —preguntó Alan

lleno de ansiedad.

CAPÍTULO XXI

Rex Stanton había vuelto a salir del restaurante Ojo de Dragón.

Harold le vio través del espejo, mientras Kay Simmons con el mismo rostro expresivo de una profunda sorpresa, murmuraba:

—Usted me dijo que era primo de Alan Crosby... Y que tenía cosas interesantes que decirme de su parte. Por eso acepté salir con usted.

—Y no te mentí preciosa. Soy primo de Alan. Y sé que su hermana Laura trabajaba en la misma tienda que tú. Erais compañeras.

—Sí...

—Bien... Laura no murió de un susto.

—No sé lo que pretende.

—Que me digas la verdad. Tú sabías que ella algún día iba a heredar, lo mismo que yo y que el resto de la familia.

—No sé de qué me habla.

—¿De veras no lo sabes? —sonrió Harold.

—No. —Y ella hizo intención de levantarse.

—No te muevas, nenita. Tenemos mucho de qué hablar... Primero quiero saber por qué nos siguen.

—No lo sé. Yo no sé nada. Laura era amiga mía...

—Pero alguien deseaba «liquidarla».

—No comprendo...

—Ya irás comprendiendo, preciosa, yo te refrescaré la memoria.

—Quiero irme —replicó ella.

—Todavía no.

—¿Qué quiere de mí?

—Saber quién está detrás de todo esto.

—No sé de qué me habla.

—Yo sí sé lo que hablo... Aquella tarde salisteis juntas de la tienda y entrasteis en la cafetería por separado. De un modo u otro

te las arreglaste para mezclar el veneno que mató a Laura.

—No es cierto —casi gritó ella.

—No intentes llamar la atención. No te conviene.

—Yo no tuve nada que ver...

—Eso es lo que cree la policía y creen todos...

—Porque es la verdad.

—Dime de una vez quién te pagó. Recibes órdenes de alguien.

—No, no —exclamó ella puesta ya en pie definitivamente.

Harold no pudo impedir que la muchacha se dirigiera hacia la salida y huyera confundiendo entre la gente que pululaba por la concurrida acera llena de luces anunciando *cabarets*, bares, restaurantes y otros antros de diversión más o menos exótica.

Harold salió tras ella.

Rex seguía dentro del coche observando la escena.

Puso el motor en marcha y se dispuso a seguirles.

Kay dobló la primera esquina.

Cruzó rápidamente un oscuro callejón hasta alcanzar la calle siguiente igualmente concurrida.

Después otro callejón lateral cuya salida era un descampado donde se estaba construyendo un edificio.

Tropezando en los desmontes consiguió perderse en la oscuridad, hasta llegar a las cercanías de McKinley Square.

Allí tomó un taxi con el que ascendió por Kansas Street hasta enlazar con la James Lick Freeway.

Harold seguía buscándola.

Rex Stanton, manteniendo el coche a marcha lenta, procuraba no perderle de vista.

Y entretanto...

Entretanto, el teniente Rattigan comunicaba los resultados de la autopsia practicada en los cadáveres de Harry y William Crosby.

Alan esperaba ansioso la respuesta.

Rattigan informó:

—Tenía usted razón. Ambos fueron asesinados.

—¿Cómo?

—Primero dígame a qué hora se ausentaron de la casa.

—Cuando yo salí para San Francisco ya se habían marchado, por eso le dije a Peter que cuando preguntaran por mí les dijera que

había tenido que irme por asuntos de la notaría.

Peter entró en aquellos momentos.

—Oí ruido y... ¡Oh! ¿Es usted, teniente? —añadió reconociendo al policía de San Francisco.

—Sí, Peter y llega usted oportunamente —replicó el policía.

Alan añadió:

—El teniente Rattigan desea saber a qué hora salieron de la casa mi padre y mi tío.

—Poco después de las siete y media —informó el criado.

—¿Desayunaron en casa?

—Sí, creo que sí.

—¿Les sirvió usted el desayuno?

—No. Lo hizo Nayla.

—¿Quiere llamarla, por favor? —dijo el policía.

Peter asintió.

Sin embargo no fue necesario avisar a la doncella, porque en aquellos instantes apareció en la cocina.

Miró a los reunidos con la consiguiente sorpresa.

Ella también conocía a los policías y su mirada buscó a la de Alan, en forma interrogativa.

Alan murmuró:

—Mi padre y tío William murieron asesinados.

—¿Eéeh? —exclamó ella mostrando su estupor.

—Envenenados —ratificó el teniente.

Se hizo un silencio.

—Veneno... Veneno otra vez —murmuró Alan.

—Sí. Pero de una clase distinta. Su efecto es menos fulminante...

Como si el asesino, sabiendo de antemano que ambos irían de caza, lo hubiera dispuesto todo de manera que murieran lejos de la casa, lo mismo en el coche que en cualquier otra parte... Desde luego, es muy probable que el criminal prefiriera que la muerte les sobreviniera en el automóvil, de este modo podía pensarse en un accidente, y hay que reconocer que sus cálculos le salieron bien hasta cierto punto, aunque al final hayamos terminado por descubrir que se trata de un doble asesinato.

Rattigan hizo una pausa para añadir:

—Según el forense, Harry Crosby debió comenzar a sentir los efectos del veneno antes que su hermano, el señor William y perdió

el control del coche, motivo por el cual se estrellaron.

Hizo otra pausa que nadie interrumpió porque todos parecían desear saber la historia completa.

Rattigan no se hizo esperar.

—Cierto que la causa de la muerte fue el accidente. Es decir, habrían muerto de todos modos, pero más tarde. El golpe recibido en la cabeza al estrellarse el auto contra un árbol determinó el fallecimiento de William Crosby, en cuanto a su padre de usted —y el teniente se dirigía concretamente a Alan—, de las dos causas mortales de necesidad, también fue la del accidente la que se anticipó, no obstante al no morir en el acto tuvo tiempo de hablar, pero difícilmente podía nombrar a su asesino porque le desconocía.

—Entonces... Supone que el veneno fue suministrado en el desayuno —afirmó más que preguntó Alan.

—Más o menos. La clase empleada suele tardar algún tiempo en producir el efecto. Mejor dicho. Los primeros síntomas que ya es imposible atajar. Por esto quiero saber exactamente a qué hora tomaron el desayuno.

Peter cambió una mirada con Nayla.

La joven murmuró:

—Les preparé café y unas tostadas. El señor Crosby solía tomarlas siempre, con un poco de mermelada.

El señor Harry Crosby tomó lo mismo. No recuerdo exactamente la hora pero...

El teniente atajó:

—Peter acaba de decimos que salieron poco después de las siete y media...

—Sí. Sería sobre esta hora poco más o menos —asistió la doncella.

—Entonces todo concuerda. No cabe la posibilidad de que se detuvieran en algún lugar a beber «invitados por el asesino», lo que por otra parte resultaría bastante difícil porque, excepto el hotel Ciervo, no exista ningún parador en las carreteras secundarias.

Nayla palideció.

—Yo... Yo les serví el desayuno, pero les aseguro que...

—Cálmese —sonrió el teniente—. Nadie la ha acosado... todavía.

—¡Dios mío! —exclamó ella.

El teniente concluyó:

—Aunque por supuesto, el veneno lo ingirieron en esta casa. Alguien lo puso en el café, en la mermeladas o en el azúcar... ¿Conserva los restos del desayuno?

Nayla negó como un autómata.

—¿Y el azúcar? Enséñeme la azucarera.

Nayla, como movida por un resorte que la hiciera andar de una manera automática, entró en el office para salir con una azucarera corriente.

—Casi siempre utilizamos ésta.

—¿También en el desayuno de esta mañana?

Nayla asintió.

—Bien. Haré que la examinen —murmuró tomándola con un pañuelo limpio que sacó del bolsillo superior de su chaqueta, y procurando no borrar ninguna de las huellas.

Luego añadió:

—No tengo una gran confianza en que el veneno fuese depositado aquí, pero quizá las huellas nos ayuden... Espero que no tengan inconveniente en colaborar.

Nadie respondió.

A continuación el silencio pareció eternizarse.

CAPÍTULO XXII

Harold llegó a su casa con aspecto de hastío.

Cerró la puerta y se dejó caer en uno de los sillones del pequeño apartamento de soltero donde reinaba el desorden.

Alcanzó la botella de *whisky* que estaba sobre una mesa, y un vaso que, sin preocuparse demasiado de si estaba limpio o no, lo llenó hasta la mitad.

Pareció sentirse mejor después de haber ingerido la ración de alcohol.

Se incorporó como si repentinamente se hubiese acordado de algo y se dirigió a la puerta contigua que comunicaba con la otra habitación de que constaba la casa. Era su dormitorio.

Encendió la luz y miró alrededor.

Dirigiéndose hacia la mesita de noche, abrió el cajón y extrajo un revólver automático.

Comprobó que el tambor estaba cargado y volvió a dejarlo en su sitio.

Lanzó un suspiro y se tendió en la cama después de aflojarse el nudo de la corbata.

Sobre la mesa de noche había un libro.

Su título posiblemente habría sugerido más de una sospecha a Alan.

La obra escrita por el especialista Joseph Van Cleve, era un: Tratado de venenos.

Kay Simmons estaba en su casa.

Su rostro expresaba un serio temor.

Su pequeño apartamento, que compartía con otra amiga, a diferencia del de Harold, estaba bien cuidado y denotaba la intervención de manos femeninas que cuidaban de él.

Su compañera, con un libro en la mano, salió del dormitorio.

—¿Tan temprano de vuelta?

Kay asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Te ha plantado él a ti, o tú a él?

—Tengo miedo —fue la respuesta de Kay.

—¡Eh, eh! ¿Qué ha sucedido? Parece que hayas visto un aparecido —replicó su pelirroja compañera.

—Estoy metida en algo terrible...

—¿Algún lío?

—Empezó con el asesinato de mi compañera en la tienda, y el hombre con el que he salido hoy cree que yo tuve que ver.

—¿Por qué?

—El piensa que estaba de acuerdo con alguien para malar a Laura Crosby.

—¡Qué tontería! El que pueda pensar que tú eres una asesina es porque no te conoce como yo.

—¡Avisaré a Alan! —replicó resuelta Kay.

—Bueno. Ese Alan Crosby también te cree sospechosa. ¿No es eso lo que me dijiste?

—Es distinto. Se trata de su hermana y es lógico que quiera encontrar al culpable. Además, se dio la circunstancia de que yo había ido a visitar a Stafford en la prisión; ya te lo conté.

—Yo que tú les mandaría a todos a paseo. Éste no es un problema tuyo, querida. Que cada cual resuelva los suyos.

—De todos modos tengo que llamar a Alan.

—¿No será que te gusta el chico?

Sí, a Kay le gustaba, en aquellos instantes no quería llamarlo por tal motivo, ni siquiera para oír su voz.

En su mente había otra cosa. Algo que necesitaba comunicar a Alan.

—Tal vez me equivoque, pero... Quizá tenga una pista.

—¿Una pista de qué? —preguntó extrañada su compañera de apartamento, arqueando las cejas.

—Es algo vago e inconcreto, pero Alan debe saberlo. Quiero ayudarle. Cuanto más pronto termine este asunto me sentiré más segura.

Las luces del apartamento de Harold Lever se cerraron.

Abajo, en la calle, Rex Stanton puso el coche en marcha para alejarse y doblar hasta la primera esquina.

Paró delante de una cabina telefónica y descendiendo del vehículo volvió hacia la calle para observar la casa.

Después de unos instantes entró en la cabina telefónica, descolgó e introdujo una moneda para marcar un número y preguntar la cantidad que debía depositar para hablar con la mansión de los Crosby en la sierra.

Cuando obtuvo la respuesta, introdujo el importe de la conferencia.

Sin embargo, no pudo comunicar con Alan porque en aquellos momentos el teléfono de la casa estaba ocupado.

Era Kay la que se le había anticipado, para llamar a Alan.

En aquellos instantes, el joven contestaba a la muchacha.

—Sí. Desde luego Harold Lever es primo mío... —decía Alan.

—Vino a la tienda. Me dijo que iba de su parte y que quería hablar conmigo. Fui con él a un restaurante del barrio Chino y nos dimos cuenta que un hombruno estaba siguiendo.

—Sí. Es amigo mío, un detective privado. Seguía a Harold.

—¡Oh! ¿Entonces era cierto que Harold es primo suyo?

—Sí... ¿Pero qué tiene que ver con usted? ¿Por qué dijo que venía de mi parte? Yo no le mandé:

—El cree que yo tuve algo que ver con la muerte de Laura.

—¿Harold le dijo esto?

—Sí.

—Tenga cuidado, Kay. No se fié de él ni de nadie Si yo quiero hablar con usted iré personalmente o la llamaré.

—Todavía quería decirle otra cosa, Alan —adujo ella antes, de dar por terminada la conversación—. Se trata de algo más que he recordado esta noche.

—Dígamelo, Kay —replicó él, disponiéndose a escuchar.

Sus cejas se fueron arqueando a medida que la chica le hablaba desde el otro lado del hilo.

Las palabras de Kay sólo podía oírlas Alan.

Peter, el criado, permanecía en pie al fondo del salón.

Sigilosamente se dirigió hasta la cocina.

Allí sorprendió a Nayla con el auricular de otro teléfono en la mano.

Estaba escuchando la conversación.

Peter sonrió de una manera extraña. Nayla palideció.

CAPÍTULO XXIII

Aquella noche fue pródiga en acontecimientos que iban a tener su continuación al siguiente día.

Tras la llamada de Kay que había sumido a Alan en un evidente desconcierto, sucedió la de Rex Stanton que informó:

—He estado siguiendo a Harold. Salió con una muchacha que posteriormente abandonó el restaurante chino donde tu primo la llevó. La vi correr como si huyera y yo aguardé a Harold Lever y conseguí no perderle de vista. Hace poco que entró en su casa. Ha apagado las luces. No sé si está acostado o no. Creo que se ha dado cuenta de que le seguía. Permaneceré un rato más por ver si vuelve a salir. Desde donde estoy no puede verme.

—Gracias, Rex, pero estoy seguro de que no saldrá.

—¿Por qué? —preguntó su amigo.

—Es un presentimiento. Deja de vigilarle por el momento. Mañana me reuniré contigo. Acabo de conocer algo que puede ser una pista importante, pero necesitaré tu ayuda.

—Encantado, Alan. ¿Puedes anticiparme algo?

—Todavía no. Tengo que atar algunos cabos. Pero yo solo no puedo hacer nada y temo que la policía se niegue a ayudarme una vez tenga ultimado el plan.

Sin otra cosa que comunicar, Alan colgó.

Rex lo hizo también y al salir de la cabina, todavía permaneció unos instantes en la esquina vigilando La casa de Harold Lever.

Eran las dos de la madrugada.

La calle estaba silenciosa.

Ni un solo transeúnte cruzaba por la acera.

De pronto aquel silencio se quebró.

El ruido de una ventana al abrirse seguido de un tremendo alarido retumbó por un amplio sector de la zona.

La ventana que acababa de abrirse bruscamente pertenecía al séptimo piso de la casa de apartamentos.

Era la que correspondía al dormitorio de Harold Lever.

Y Fue Harold Lever también el que gritó, cuando alguien, revólver en mano le empujó hacia la ventana.

Harold cayó desde lo alto y su grito se fue perdiendo a medida que su cuerpo se acercaba a la calle.

Cayó de cabeza y su cráneo, al chocar contra la acera quedó machacado como una sandía al ser estrellada contra la pared.

Inmóvil, con los ojos abiertos y un charco de sangre rodeándole, Harold había sido una nueva víctima del misterioso asesino.

En la oscuridad del apartamento la silueta del criminal se deslizó hacia la parte posterior de la casa para alcanzar la escalera de emergencia que había utilizado para subir.

De espalda, con su terno oscuro y su sombrero del mismo color, Kay le: habría: reconocido como la misma persona que aquella tarde entró en la tienda poco antes de cerrar para comprar un cenicero.

Sí. Sólo de espalda o ligeramente de perfil, la joven podía reconocer a aquel hombre, cuyo rostro nunca llegó a ver claramente.

Y mientras algunas ventanas se abrían y los murmullos de las voces de los primeros en descubrir el cuerpo de Harold en la calle comenzaban a elevarse, el criminal descendía rápidamente por la escalera de incendios, hasta alcanzar el callejón posterior del edificio, para alejarse rápidamente de la zona.

Alan se habría preguntado si aquel hombre era realmente uno de los posibles herederos, o como dijo Rex Stanton desde el primer momento, algún pariente del condenado Stafford que quisiera vengarle.

Porque: si era un heredero, sólo quedaban Peter y... Nayla.

Nayla había permanecido toda la noche en la casona.

Peter no.

—¿Cuándo se fue? —preguntó Alan en la cocina, hablando con Nayla.

—Anoche, poco después que usted recibiera la primera llamada telefónica.

—Entonces eran las once... —Y Alan se interrumpió echando

una ojeada al teléfono de la cocina como si acabara, de hacer un importante descubrimiento.

Cambiando de tono exclamó:

—Ha dicho usted «la primera llamada».

—Sí —musitó ella.

—Esto quiere decir que... Sea sincera Nayla, usted estuvo escuchando.

—Fue por casualidad, señor Crosby. Yo iba a llamar a mi prometido. Creí que usted ya había terminado de hablar y tomé el teléfono. No escuché deliberadamente.

—Pero oyó lo que aquella chica me dijo.

Tras un silencio ella asintió.

—Nayla... Usted debe saber que si todos los herederos de mi difunto tío mueren, excepto uno, éste una se quedará con toda.

—No. Yo no sabía esto —se apresuró a replicar la muchacha.

Parecía sincera. Pero estaba asustada también.

—¿Y ese novio de usted?

—¿Qué quiere decir?

—Me gustaría conocerle. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—¡El no tiene nada que ver! —exclamó Nayla—. Es un hombre honrado y me quiere... ¿Cómo cree que puede saber lo de la herencia si ni yo misma lo sabía?

—Usted no, pero él... ¡Vamos! Dígame su nombre.

—No quiero que le busquen ningún lío.

—Sólo quiero conocerle, Nayla.

—Se llama Roy Sheldon.

—¿Y vive en...?

—Por favor, señor Crosby...

—Nayla. Sólo le haré una visita. Le prometo no decir nada a la policía a menos que sea absolutamente necesario. Quiero hablar con él.

—Vive en Alameda.

—¿Alameda? —murmuró pensativamente Alan, añadiendo—: Sólo tiene que cruzar el canal para llegar a Oakland, muy cerca de la bahía de San Leandro.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Qué calle? —Siguió Alan.

—Court Street, el número 429.

—Gracias, Nayla, y no cometa el error de avisarle por teléfono. Le he prometido no avisar a la policía a menos que lo considerara necesario.

Y sin esperar respuesta fue hacia el teléfono de la misma cocina y marcó un número.

La voz soñolienta de Rex respondió al otro lado del hilo:

—Sí, Alan, soy yo. Celebro que me hayas servido de despertador. Confieso que le había encontrado gusto a las sábanas.

—Rex. Dentro de un par de horas estaré ahí. Sobre las diez poco más o menos. Tenemos que hacer un par de cosas. Iré directamente a tu casa.

—De acuerdo, te esperaré, a menos que prefieras que entretanto vigile a Harold.

Naturalmente todavía no podían estar al corriente de su muerte, ni Rex ni Alan.

—No. Olvídate de mi primo por ahora. Estoy seguro que el asesino sólo puede ser una sola persona, pero hay que andar con cuidado. Es muy listo.

—Me tienes sobre ascuas —respondió Rex—. ¿No puedes decirme algo más?

—Rex, te aseguro que no lo ibas a creer. Hasta a mí mismo me parece increíble, por esto para estar seguro necesito hacer esas comprobaciones.

—De acuerdo. Te esperaré.

Cuando colgó, Alan se volvió hacia la doncella para preguntarle:

—¿Le dijo Peter dónde pensaba ir?

—Peter no habla mucho conmigo. Ni siquiera me dijo que se marchaba. Le vi yo desde mi cuarto.

—¿Por qué no me avisó?

—No se me ocurrió. Además, creí que volvería pronto.

—¿Es que suele salir por las noches?

—Algunas veces sí.

—¿Y nadie sabe dónde va?

—Nunca se lo pregunté. Peter da pocas explicaciones. Quizá su tío sí lo supiera.

—Pero ahora no podemos preguntárselo —replicó Alan mirando fijamente a la joven.

—No... No, señor —balbució ella.

—Bien. Ya ha oído que voy a salir. Quizá no vuelva en todo el día. Cuando Peter regrese permanezcan en la casa. Ya saben que la policía lo ordenó así, y es posible que el teniente Rattigan tenga que hacerles nuevas preguntas. En cualquier caso yo también puedo necesitar algo.

—No me moveré —prometió ella.

Y Alan salió para ir en busca de su coche con el que se dirigió hacia San Francisco.

El viaje, a buena velocidad, duraba dos horas.

Alan tenía todo el plan a desarrollar metido en la cabeza.

El asesino caería en la trampa.

A menos que... se hubiese equivocado de persona.

CAPÍTULO XXIV

Su primera visita fue para el teniente Rattigan, que estaba del peor humor.

—Ese criado consiguió escapar en las mismas narices del hombre que vigilaba la casa. Le están buscando por todas partes, pero parece como si la tierra se lo hubiese tragado.

Alan replicó:

—Ya le suponía enterado, teniente. Desde luego, cuánta abandonó la casa yo no me di cuenta.

—No es culpa suya, pero ese asunto nos lleva a todos de cabeza... Anoche se produjo otra muerte.

—¿Eeh?

—Harold Lever.

—¿Asesinado?

—Cayó desde su apartamento: a siete pisos de la calle. —Y añadió—: Cayó o le empujaron. Tal vez los del gabinete puedan averiguarlo.

—Esto no lo esperaba —replicó Alan.

Se quedó pensativo, y añadió:

—Aunque sin duda el asesino debe tener mucha prisa.

—Alan. Hable claro. Usted sabe algo. Es mejor que no me oculte nada. Piense que la próxima víctima puede ser usted.

—Sí, teniente. Yo... Y tal vez otra persona.

Rattigan aplastó el cigarrillo que estaba fumando contra el cenicero de su mesa de despacho.

—Usted es el único heredero aparte de Peter —dijo al fin—. Tengo a todos mis hombres intentando localizarle.

—¿Cree que es él el criminal, verdad? —inquirió Man.

—¿Y usted? ¿Qué cree usted, señor Crosby? —preguntó el policía.

Se hizo un largo silencio antes de que Alan replicara.

Alameda, formando parte de las East Bay Cities, es una isla unida al continente por varios puentes y túneles.

Court Street está situada hacia el sur. Y el 429 cae hacia el lado del canal.

Alan llegó a las proximidades de la casa acompañar de Rex Stanton.

Por el camino le había dado cuenta de sus últimas sospechas.

—¿Has hablado con la policía? —preguntó Rex.

—No. Le prometí a Nayla no mezclar a su novio, a menos que tenga la evidencia de su culpabilidad.

—¿Cómo has dicho que se llamaba? —inquirió Rex.

—Roy Sheldon.

—El nombre no me dice nada.

—A mí tampoco.

—De todos modos resulta extraño... Según tú si Sheldon fuera el asesino, su plan consiste en ir eliminando a todos para dejar solo a Nayla.

—Exacto. Muertos todos y sin más familia ni herederos legales, Nayla se quedaría con todo y Sheldon se casaría con ella para poder disfrutar del dinero.

—Hummm. Un plan muy rebuscado.

—No tanto si tenemos en cuenta que ella está loca por el tal Sheldon.

—¿Y esperas encontrarle?

—Si ella no ha mentido, estamos llegando.

Y Alan aparcó el coche una manzana antes de llegar al número 429 de la calle.

—No esperes que confiese.

—No. Pero voy a ponerle una trampa. Si cae en ella sabremos que él es el asesino.

—¡Un momento! —exclamó Stanton—. Supongamos que este Sheldon sea el culpable... ¿Cómo crees que pudo haberse enterado de que Nayla heredaría?

—La contestación a esa pregunta la sabremos cuando estemos frente a Sheldon.

—¿Crees que es alguien al que conocemos?

—En estos momentos no sé nada, Rex.

Puso en marcha nuevamente el coche, añadiendo:

—Daremos una vuelta a la manzana para ver si la casa correspondiente al 429, tiene alguna otra salida. Mi plan es el siguiente. Yo voy a entrar y tú te quedarás vigilando... Si hay salida de emergencia, será mejor que esperes allí, si no la hay todo será más fácil.

—De acuerdo.

Dieron la vuelta.

Existía efectivamente una escalera de incendios común a varias edificaciones todas de la misma altura con balcones salientes, por los que se llegaba a la escalera que descendía de balcón a balcón hasta llegar a la parte posterior constituida por una zona ajardinada.

Alan hizo un gesto significativo con la cabeza y detuvo el coche, murmurando:

—No te muevas. Voy a subir por la puerta principal.

—¿Y si no está en casa?

—Entonces utilizaré esa escalera. —Y señaló la de emergencia.

En el portal no había ningún buzón con el nombre de Sheldon y Alan llamó a una de las puertas de la planta baja.

Le abrió una vieja enfundada en un viejo kimono pasado de moda.

A simple vista parecía una mujer que en su ya lejana juventud hubiese pertenecido al mundo de la escena.

Se apoyó con una mano en el quicio de la puerta, manteniendo la otra en la cadera en actitud que parecía estudiada.

—¿En qué puedo servirle, joven? —preguntó con aire melancólico.

—Busco a un tal Roy Sheldon. Me han dicho que vive en este número.

—¿Sheldon... Sheldon? No recuerdo a nadie con este nombre...

—Es extraño. ¿Por qué no hace memoria? Es posible que no lleve mucho tiempo y por eso usted no le conoce.

—Describámelo.

—No puedo hacerlo porque no le conozco —replicó Alan.

—¡Espere! En el tercer piso habita un hombre... Sí. Bueno, en realidad sólo venía de vez en cuando a recoger el correo. Yo no le vi nunca. Supongo debe tratarse del mismo.

—¿Si no lo ha visto, cómo lo sabe?

—Bueno... En estas casas viejas todo se oye y por las noches suelo estar desvelada. Mi apartamento es pequeño y la cama está cerca, vea usted mismo. —Y abrió por completo la puerta mostrando la única habitación de la vivienda.

Era una estancia demasiado recargada de muebles y cortinas para parecer una casa del siglo xx, pero sin duda estaba en consonancia con el aspecto de su propietaria.

—Si quiere entrar... Sólo puedo ofrecerle una copa de jerez. Pase, yo siempre estoy sola. Hace años que no recibo visitas.

—Tengo un poco de prisa, señora. Si no puede darme más información, es lo mismo. Me ha dicho usted en el tercer piso...

—Eso creo... Ya le digo que siempre estoy desvelada, y la puerta se oye perfectamente cuando alguien la abre, luego se oyen pisadas... Por el tiempo que tardan se puede saber al piso que se dirigen.

—Es usted muy observadora.

—Sí.

—Y hasta quizá alguna vez ha mirado por la mirilla de la puerta para ver al misterioso inquilino que sólo viene por la noche.

La mujer, con un falso rubor, sonrió.

—¡Oh! Es usted muy sagaz.

—¿De veras nunca vio al hombre?

—Sólo de perfil, y en la oscuridad. La bombilla queda lejos y da muy poca luz.

—Describame a ese hombre, por favor.

La mujer receló.

—¡Oh! ¿No será usted de la policía, verdad?

—No. Le doy mi palabra.

La descripción que la exactriz dio a Alan concordaba con la misma que Kay le había dado del cliente que entró en la tienda la tarde que asesinaron a Laura.

Una descripción que era afín a millones de hombres. En total no decía nada.

Alan salió del apartamento y comenzó a subir la escalera.

Eran tramos rectangulares que terminaban en un rellano en el que había una sola puerta.

Ascendió hasta llegar a la tercera planta.

Frente a él estaba la puerta tras la cual el misterioso novio de

Nayla tenía su domicilio que, al parecer, casi nunca utilizaba.

Escuchó unos instantes y llamó con los nudillos.

Volvió a escuchar y creyó oír un ruido de pasos.

Esperó unos instantes sin que nadie contestara.

Insistió en la llamada.

Silencio.

Alan alzó la voz.

—¡Abra, Sheldon! Es inútil que se resista. La casa está rodeada.

Otro silencio.

Al fin la puerta se abrió.

En el umbral apareció la figura de Peter.

CAPÍTULO XXV

—¡No es lo que usted supone, señor Crosby! —dijo el criado con su habitual gesto imperturbable.

—De todos modos, Peter, me gastará que venga conmigo a la central de Homicidios. El teniente tiene mucho interés en saber por qué burló la vigilancia cuando anoche salió de la casa. Y a ese interés uno el mío, porque espero que me diga, ¿qué está haciendo aquí?

—Seguramente lo mismo que usted.

—¿De veras?

—Sí, señor Crosby... Sé que éste es el domicilio del novio de Nayla. El no le escribe nunca, pero ella en cambio sí lo hace, y no hace mucho la sorprendí redactando el sobre y vi sus señas.

—¿Y qué ha venido a buscar?

—Algo que sirva de prueba, señor Crosby, porque sólo él puede ser el culpable. No quiero morir asesinado, ni que recaigan las sospechas sobre mí.

—Podía haberlo dicho a la policía.

—No, señor Crosby. Ese hombre es muy listo, demasiado listo, hay que atraparle sin darle tiempo...

—¿Y ha estado toda la noche aquí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Esperándole.

—¿Por qué no lo esperó en la casa?

—No. Aquí es mejor.

—¿Por qué?

—¿No lo comprende todavía?

E inmediatamente con un gesto rápido que Alan no esperaba, Peter sacó un revólver.

—¿Qué significa...?

—Alguien ha estado preparando esto. Todos estamos condenados de antemano. Usted y yo incluidos, pero ha llegado mi vez... Le encontrarán muerto aquí, señor Crosby. Y la culpa recaerá sobre el verdadero inquilino de la casa.

—Pero la policía sabe que usted no ha estado en la casa de la sierra desde anoche.

—Tengo una buena coartada.

—No le serviría. Le acusarán de todos los crímenes.

—No pude cometerlos mientras estuve en la casa.

—Cuando mataron a Steve Marsh usted tampoco estaba, ni quizá tampoco cuando mataron a mi hermana. Y esta noche murió Harold y usted tuvo tiempo de hacerlo, igual que mezclar el veneno en el desayuno que tomaron mi padre y tío William.

—No hice ninguna de estas cosas, y le repito que podré probar perfectamente todas las coartadas.

—¿Quién es su cómplice?

—No lo tengo, pero lo tendré.

—¡Nayla!

—No. Ella será mi próxima víctima. Yo seré el único en heredar. Amartilló el revólver.

—Está sentado sobre un barril de pólvora, Peter, puede estallar de un momento a otro y usted no se da cuenta.

—Lo siento, señor Crosby... Me he cansado de servir a los demás, ya es hora de que me sirvan a mí. No hago más que aprovecharme del plan que se trazó Roy Sheldon.

Buscando una salida, Alan replicó:

—Aunque consiga burlar a la policía no podrá escapar de ese Sheldon. Le matará aunque sea para vengarse.

—No. Muerta Nayla, el no vería ni un solo centavo del dinero. Le conviene más que yo viva y así conseguiría una parte del dinero. Es lo que pienso proponerle, y a cambio de ello será un excelente colaborador.

—¡No le servirá de nada, Peter! De nada, porque hay una persona que conoce a Sheldon.

Peter pareció dudar unos instantes.

Sin embargo, ninguno de los dos se dio cuenta que la puerta principal de la casa se abría lentamente y una mano enguantada asomaba con un revólver.

—Kay. La compañera de mi hermana en la tienda, sabe quién es el asesino —dijo Alan triunfante.

El revólver del asesino hizo fuego en aquel instante.

La bala la hubiese recibido Alan en la espalda si una fracción de segundo antes no hubiese visto el revólver reflejado en el cristal de la ventana que actuó a modo de espejo.

—¡Cuidado! —gritó, echándose al suelo.

Peter, sin comprender, creyó que era un ardid. Se revolvió para disparar contra Alan, pero la bala del asesino llegó a su cuerpo antes de que pudiera apretar el gatillo.

Alan sabía que el segundo disparo sería para él.

Peter cayó hacia adelante sorprendido por la muerte que no esperaba.

Alan saltó hacia el balcón posterior, sacando su revólver para defenderse.

Dos nuevas balas pasaron silbando muy cerca.

Las detonaciones quedaban apagadas porque el asesino usaba silenciador.

Alan no, y al oprimir el gatillo de su revólver automático los estampidos tuvieron que oírse en una amplia zona.

El asesino optó por huir.

Inmediatamente Alan salió en su persecución.

Pronto podría desenmascararle.

CAPÍTULO XXVI

Perdió tiempo descendiendo un piso, mientras el asesino escapaba por la parte alta.

Con toda la fuerza de sus piernas y pulmones, Alan cambió de rumbo hasta llegar al terrado, tres pisos más arriba.

El criminal le había tomado una notable delantera y corría por uno de los balcones posteriores.

Desde donde estaba rió podía verle y tenía que andar con precaución.

El hombre al que perseguía se sabía a punto de ser descubierto y dispararía sin vacilar.

Alan alcanzó la segunda galería comenzando por el terrado.

De pronto le había perdido de vista.

Indudablemente, su perseguido había utilizado una de las ventanas de cualquiera de las casas para huir.

Pegado a la pared y con los sentidos en tensión, esperó unos instantes.

La muerte podía surgir en cualquier instante.

De pronto, le pareció distinguir algo en el suelo. Estaba unos metros más allá, colgando del pasamanos inferior de la barandilla.

Se acercó con precauciones observando cada una de las ventanas que cruzaba.

Todas se hallaban cerradas.

Al acercarse al objeto descubrió que se trataba de algo que se le antojó insólito.

¡Una peluca de mujer!

Una peluca rubia platino.

Por la escalera de emergencia subía rápidamente Rex Stanton.

La calle se había llenado de gente. Algunos vecinos asomaban las cabezas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rex.

Alan tenía todavía la peluca en la mano.

—¿No has visto salir a nadie?

—De la casa no. Pero oí los disparos.

—El asesino está todavía en el edificio. No puede haberse esfumado. ¿De veras no has visto a ningún hombre?

—Lo único que vi fue a una mujer...

Alan miró la peluca.

—¿Seguro que era una mujer?

—Sí, pero no rubia... Estoy seguro. La vi corriendo pero creí que huía por los disparos. Salió del terrado.

—¡Una mujer! —exclamó Alan.

—Sí. Bajó rápidamente por la última escalera y desapareció por la esquina. Yo no podía suponer... Creí que era un hombre al que buscábamos.

—Eso es lo extraño, porque Roy Sheldon sólo puede ser un hombre. —Hizo una pausa y añadió de pronto—: ¡Dios mío!

—¿Qué?

—Kay Simmons está en peligro.

—¿Por qué?

—Le he dicho a Peter que ella sabía quién era el asesino y ahora intentará matarla para que no hable.

—¿Peter? ¿Qué significa...?

—Ya te contaré por el camino, Rex. Ahora es necesario que vayamos enseguida a la tienda de San Leandro Bay para advertir a Kay, luego avisaremos a la policía.

El dueño en persona les atendió.

Raras veces acudía a la tienda, pero aquel día no tuvo más remedio.

—La señorita Simmons llamó esta mañana para decirme que no se encontraba bien y no podría acudir al trabajo.

—Entonces... ¿Estará sola en casa? —dijo Alan.

—Tengo entendido que vive con una amiga, pero desde luego hasta que no regrese del trabajo es de suponer que esté sola, aunque no creo que su enfermedad sea grave. Según parece se trata solamente de una indisposición.

—Bien, muchas gracias y perdone la molestia —replicó Alan.

Salieron de la tienda.

Hasta entonces habían llevado una marcha como si fueran

auténticos fugitivos de la justicia.

De nuevo en el coche. Alan dijo:

—Voy a dejarte en casa de Kay Simmons. Por la que más quieras vigila bien. Yo llamaré al teniente Rattigan y pasaré un momento por la notaría. Necesita hacer una comprobación.

Rex sacó la pitillera que Eva, la secretaria de Alan, le había regalado, la sostuvo un momento entre las manos como si observara las iniciales grabadas en ella. Las iniciales de su nombre y apellido.

Luego, la abrió murmurando:

—Si ves a Eva explícale lo que ocurre. Dile que la llamaré tan pronto como pueda.

—Descuida... Ya sé que lo vuestro va en serio. —Y miró un momento la pitillera.

Rex le ofreció un cigarrillo.

—Enciéndemelo tú mismo —pidió Alan—. No puedo aflojar la marcha ni un segundo. El asesino nos lleva ventaja.

Y añadió:

—¿Estás seguro de que era una mujer?

—Sí, Alan. Completamente seguro.

Alan detuvo el coche en mitad de la calle.

—Es en el número 92. Segunda planta, puerta 23. Dile que vienes en mi nombre. Yo no tardaré en regresar.

—Vete tranquilo, Alan.

Rex se encaminó hacia la casa mientras Alan, al volante de su coche, doblaba ya la esquina.

Rex, sin embargo, no entró directamente al portal de la casa, sino que se acercó a la esquina para meterse dentro de una cabina telefónica.

Llamó al número de la casa de la sierra, y cuando Nayla tomó el auricular, él murmuró:

—Nayla... Soy yo, Roy.

La voz de la muchacha sonó alegre desde el otro lado del hilo:

—¡Oh, Roy! Estaba impaciente por saber de ti... Me encuentro muy sola y con todos esos crímenes... ¡Oh querido! Estoy asustada.

El sonrió al replicar:

—Todo esto va a terminar muy pronto, amor mío.

No tardaré en reunirme, contigo para siempre... Ahora tengo un trabajo muy importante que terminar.

Y al decirlo palmeó con la mano derecha la pistola automática que guardaba en su bolsillo.

Después de colgar consultó el reloj.

Pensó que no tenía mucho tiempo.

Se encaminó hacia el portal número 92, y mientras subía la escalera hasta el segundo piso colocó de nuevo el silenciador al extremo del cañón.

CAPÍTULO XXVII

Kay le abrió la puerta, enfundada en un juvenil salto de cama.

Rex —o Roy— no mostró, la menor sorpresa al ver que Kay se trataba de la misma mujer: que la noche anterior acompañaba a Harold Lever.

Con su mejor sonrisa murmuró:

—Soy amigo de Alan Crosby. El la llamará dentro de unos minutos... Creo que ya nos conocemos.

Ella la miró con una mezcla de recelo y miedo a la vez.

—Usted... Usted, nos siguió anoche. ¿Verdad? Yo iba con un primo de Alan.

—Exacto. Lo hice por encargo de Alan.

Ella le franqueó la entrada, sin dejar de mirarle.

El sonrió.

—Me mira como si temiese algo de mí. —Y sacó su automática —. Ya le digo que he venido a protegerla.

—¿A protegerme...?

Ella estaba apoyada contra la puerta. Rex cambió súbitamente su expresión y encañonó sin rodeos a la muchacha.

—Basta de comedias, preciosa... Sé que anoche me reconociste. Sí. Yo no sabía que Harold Lever se reuniría contigo. Le seguí únicamente para estar cerca de él y poderle matar con mayor facilidad.

Kay tragó saliva.

—Sí... Fue usted quien entró en la tienda aquella tarde... No sé cómo se las arregló, pero mató a Laura.

—Pero esto nadie lo va a saber preciosa. ¡Nadie! Porque voy a disparar, y sólo tendré que decir a Alan que llegué demasiado tarde... Y ya no quedará la menor prueba contra mí.

Amartilló el revólver.

La palidez de Kay aumentó:

El murmuró:

—Lo siento. No hay otro remedio.

Entonces surgió una voz a su espalda.

—¡Quieto Stanton!

Se volvió y viose frente al revólver de reglamento de un policía de uniforme.

De pronto comenzaron a surgir policías de todas partes. Entre ellos el teniente Rattigan y el propio Alan Crosby.

Rattigan avanzó. Era el único que no le encañonaba.

—Pónganle las esposas. Tenemos la prueba que nos faltaba para acusarle de los asesinatos de Laura Crosby. Steve Marsh y la mujer que le acompañaba, Harry y William Crosby, y Harold Lever.

—Se olvida a Peter, teniente —añadió Alan.

—Sí. Peter.

Los agentes se habían aproximado. Se dejó desarmar sin resistencia. De nada hubiera servido. Eran demasiados. Había perdido.

—Has sido listo, Alan. ¿Cuándo empezaste a sospechar?

—Primero pensé que sólo podía tratarse de una persona que conociese el testamento. Podía ser Peter por la confianza que gozaba de mi tío, pero cuando supe la existencia del misterioso novio de Nayla...

—Ella no sabe nada —interrumpió Rex.

—Eso ya lo averiguaremos —adujo Rattigan.

Alan continuó.

—Si no era Peter, sólo podía ser alguien que también supiera lo del testamento, alguien que gozara de confianza en la notaría..., que procuraste enamorar a Eva para tener fácil acceso. De este modo sacaste de los archivos la copia del testamento de mi tío y te enteraste de las cláusulas... Pero al principio no sospeché todavía. Fue cuando Kay me dijo anoche cuando seguías a Harold, que creía eras el mismo hombre que entró en la tienda la tarde que mataron a mi hermana, entonces sí que sopesé una serie de coincidencias... Primero tus iniciales. R.

S. Rex

Stanton o Roy Sheldon, como prefieras. Tus camisas, la mayor parte de tus cosas las llevan, por tanto tenías que buscarte un nombre para Nayla que empezara con las mismas letras, ya que de

presentarte a ella con el auténtico, las sospechas hubieran empezado enseguida... Luego tu interés en desviar las sospechas haciendo que en principio creyera que en realidad podía ser una venganza de un pariente de Sttaford. Y otro interés muy señalado en querer ayudarme. Que lo movía únicamente el deseo de estar cerca de mí y así poder conocer cómo iban las pesquisas... Por eso te dije esta mañana que te ibas a «sorprender» porque de seguro ignorabas que ya entonces te estaba preparando la trampa en la que Kay colaboró sirviendo de cebo.

—¿Entonces por qué fuiste al apartamento de Alameda, si ya sabías que era yo?

—Porque primero quise servir de cebo yo mismo. Estaba seguro de que también figuraba en tu lista y aprovecharías la ocasión para matarme, como ya lo intentaste, pero allí surgió algo que ni tú ni yo esperábamos, Peter. El también había entrado en sospechas y quiso sacar tajada... De todos modos ya pudiste observar mi posición. Estaba frente a la ventana vigilando la entrada por la escalera de incendios y con el cristal reflejando la puerta de entrada.

—Si ha terminado, Crosby, nos vamos. Gracias, señorita por haber colaborado.

Alan pidió un momento de: tiempo para preguntar con dureza:

—¿Cómo mataste a mi hermana, perro? ¿Cómo lo hiciste? Lo del veneno en el desayuno de mi padre y de mi tío es comprensible. Tú estabas en la casa. Nayla te escondió porque tío Willy no le permitía recibir visitas; y pudiste aprovechar la ocasión... Pero lo de mi hermana...

—Eso tendrá que probarlo el fiscal. Yo no he dicho que haya cometido ningún asesinato —y sonrió con cinismo.

EPÍLOGO

Fue inútil toda defensa y a pesar de sus galleos, Rex lo sabía.

Se estableció perfectamente su forma de actuar en el bar.

El camarero, buen fisonomista, le reconoció. Dijo que había estado varias veces antes del crimen, posiblemente calculando el modo de hacerlo.

Se probó también que cuando Laura acudió al teléfono no funcionaba porque momentos antes Rex había llamado aquel número desde una cabina pública simplemente para que descolgaran, entonces él, sin decir nada, dejó su auricular descolgado también y de este modo el aparato del bar no daba la señal.

Cada uno de sus otros crímenes pudo establecerse con más o menos evidencia, pero bastaba el de Laura para condenarle.

Por otra parte el testimonio de Peter resultó definitivo.

Sí, Peter no murió en el acto y antes de dejar el mundo de los vivos quiso descargar su conciencia, aportando algunos detalles, tales como la de su doble personalidad.

En realidad cuando sospechó la verdad le dejó actuar para ser él, en último término quién se aprovechara.

Y aquí concluyó el caso.

El asesino fue condenado a la cámara de gas.

La sentencia se cumplió siete meses más tarde, para aquel entonces en la vida de Alan había empezado una nueva historia.

Primero en el juicio y después por deseo expreso él y Kay se habían visto con alguna frecuencia.

Aquella amistad terminó en algo más profundo.

Alan había pasado por una horrible pesadilla y ella. —Kay— fue la muchacha ideal para hacerle olvidar poco a poco aquella tragedia que se había cebado en su familia.

Una de aquellas tardes ella murmuró:

—Quisiera que todo el mundo fuera tan feliz como yo... Pero a veces pienso en Eva, tu secretaria, y Nayla. Ellas creyeron en el amor de un hombre que sólo era un canalla.

—En cierto modo también han sido víctimas.

—¡Oh, perdona, Alan! Sin querer te he hecho recordar...

Estaban en el Golden Gate Park, mirándose a los ojos. Kay, para quitarle el mal sabor, acercó sus labios a los de Alan que los besó con ardor.

Sí. Formaba parte de una nueva historia, mucho más grata para los dos.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Puente que une la ciudad de San Francisco con Oakland y las demás ciudades o distritos satélites. < <

[2] Centro de la ciudad. < <